

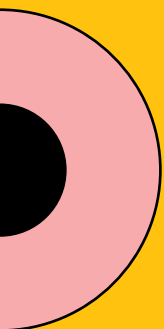
IDENTIDAD RURAL

25 AÑOS DE LUCHA
POR LA SOBERANÍA
ALIMENTARIA

VENEZUELA: ENTRE
LA SOBERANÍA
ALIMENTARIA Y LA
AYUDA HUMANITARIA

revista
**SOBERANÍA
ALIMENTARIA**
BIODIVERSIDAD
y culturas

NÚM. 42
OTOÑO 2021



LA REVISTA ES UN ESPACIO COLECTIVO INTEGRADO POR:

- ▶ Altur Cooperativa
- ▶ Amigos de la Tierra
- ▶ Arran de Terra SCCL
- ▶ Biela y Tierra
- ▶ Campo Adentro
- ▶ Cátedra de Agroecología Universidad de Vic
- ▶ Cátedra Tierra Ciudadana Universitat Politècnica de València
- ▶ CERAI
- ▶ Confederación de Centros de Desarrollo Rural -COCEDER
- ▶ Colectivo Lantxurda Taldea
- ▶ Asociación El Colletero
- ▶ Commonspolis
- ▶ Cooperativa Germinando
- ▶ Coordinación Baladre
- ▶ Cyclos S. Coop. Mad.
- ▶ Ecocentral
- ▶ Ecologistas en Acción
- ▶ Entrepueblos
- ▶ Extiercol
- ▶ La Fàbrica, SCCL
- ▶ Fundación Betiko
- ▶ Fundación Entretantos
- ▶ Garúa
- ▶ GRAIN
- ▶ Grupo de Investigación en Agricultura, Ganadería y Alimentación en la Globalización (ARAG-UAB) Universitat Autònoma de Barcelona
- ▶ Grupo de Investigación en Economía Ecológica, Agroecología e Historia. Universidade de Vigo
- ▶ Grupo de Estudios Juan Díaz del Moral
- ▶ Justicia Alimentaria Global
- ▶ Iniciativa Comunes
- ▶ Lonxanet
- ▶ La Magrana Vallesana
- ▶ Landare
- ▶ Menjadors ecològics
- ▶ Mugarik Gabe Nafarroa
- ▶ Mundubat
- ▶ Observatori de l'Alimentació (ODELA). Universitat de Barcelona
- ▶ Observatorio para una Cultura del Territorio
- ▶ OSALA
- ▶ Plataforma per la Sobirania Alimentària del País Valencià
- ▶ Postgrau de Dinamització Local Agroecològica Universitat Autònoma de Barcelona
- ▶ Raiels SCCL
- ▶ Red Agroecológica de Lavapiés
- ▶ ReHd Mad! Red de huertos urbanos comunitarios de Madrid
- ▶ Red de Semillas
- ▶ Sindicato Andaluz de Trabajadores y Trabajadoras
- ▶ Sindicato Labrego Galego
- ▶ Sociedad Española de Agricultura Ecológica (SEAE)
- ▶ Terra Franca
- ▶ Universidad Rural Paulo Freire del Cerrato
- ▶ Varagaña

PORTADA

Nil Morist (Igalada, 1991) es ilustrador, grafista y profesor de arte y diseño. Graduado en la Escola Massana, se interesa en la investigación de la comunicación total a través de las imágenes. Influenciado por los movimientos de resistencia gráficos y por el mundo de la autoedición, reivindica el uso del grafismo como herramienta crítica para la reflexión y la transformación social, así como para la diversión y para abrir nuevos campos de investigación. Impulsor, junto con otros agentes, del colectivo de artistas Gráfica Activa, organiza proyectos solidarios relacionados con la ilustración y el diseño, como «Proyecto Refugi» (2018). Ha colaborado con diferentes instituciones, publicaciones y entidades de carácter cultural y social, como *La Directa*, *Núvol* o *Catarsi*. Actualmente, combina su trabajo profesional con la labor de docente en la escuela La Gaspar de Igalada.

Instagram: @nilmorist Web: www.nilmorist.com

AGRADECIMIENTOS

Además de a las personas que han contribuido con contenidos específicos ya mencionadas en las autorías, en los testimonios y en las fuentes, queremos agradecer a quienes nos han ayudado a hacer posible este número sugiriendo contenidos, contrastando información, facilitándonos contactos o simplemente ayudándonos a aterrizarla tal y como ha quedado: Eva García, Federica Ravera, María Heras, María Borràs, Vera Bartolomé, Irene García Rocas, Isabel Vara, Cecília García y Jorge Irazola de Farmamundi, Grupo de Estudios Abrigaño, Lara María Espinar, Sarai Fariñas y Nerea Álvarez de CERAI, Abhilash Babu y Paula Gioia de La Vía Campesina, Soledad Castellero, Héctor Castrillejo, Lucía López Marco, Biela y Tierra, proyecto de comunicación rural La Cabra Tira al Monte, Violeta Aguado, Amaya Castillo y Jaume Enrich.

ESTA PUBLICACIÓN HA CONTADO CON EL APOYO FINANCIERO DE:



Os invitamos a que os comuniquéis con el equipo redactor (info@soberaniaalimentaria.info) y nos enviéis vuestras experiencias, sugerencias y comentarios así como aportaciones gráficas para próximos números. Los artículos son responsabilidad de quienes los firman. El material aquí recogido puede ser divulgado libremente, aunque agradeceríamos que citarais la fuente.

El contenido es responsabilidad exclusiva de quienes firman los textos y no refleja necesariamente la opinión de las entidades financiadoras



NÚM.42 # OTOÑO 2021

COMITÉ EDITORIAL

Paul Nicholson
 Jerónimo Aguado Martínez
 Henk Hobbelink
 Belén Verdugo Martín
 Marta G. Rivera Ferre
 Fernando Fernández Such
 Carlos Vicente
 Blanca Ruibal
 Clara Griera
 Mariola Olcina
 Leticia Toledo

EDITA

El Pa Sencer SCCL:

Patricia Dopazo
 Gustavo Duch
 Carles Soler
 Tomàs de los Santos

CORRECCIÓN Y WEB

Eva CM

ARTE Y MAQUETACIÓN

www.mareavacia.com

DIRECCIÓN POSTAL

c/ Girona 25, principal
 08010 Barcelona

www.SOBERANIAALIMENTARIA.INFO

INFO@SOBERANIAALIMENTARIA.INFO

Facebook: revistasoberaniaalimentaria

Twitter: @revistaSABC

Telegram: RevistaSoberaniaAlimentaria

Instagram: revistasoberaniaalimentaria

Depósito Legal B-13957-2010
 ISSN 2013-7567



Escucha el podcast especial del programa *Toma la Tierra* de *Suena Radio* sobre este número de la revista:



Soberanía Alimentaria, Biodiversidad y Culturas es una publicación para el Estado español de información, debate y reflexión sobre temáticas rurales bajo una óptica política de **soberanía alimentaria**. Un instrumento de pensamiento crítico hecho por las manos y para las manos de las gentes que integran los movimientos que defienden un **mundo rural vivo**.

EDITORIAL

Qué es identidad, qué es rural 4

AMASANDO LA REALIDAD

Identidades rurales, en plural y en pugna
David Gallar Hernández 6

Asamblea de Identidades rurales 10

La lengua y la rosa de braña Mingón
Llucía Menéndez Suárez 16

El agua como razón de vida en el Rif
Amal El Mohammadiane Tarbift y AbdelMouhsine El Farissi 20

Nuevos paradigmas para los retos del medio rural
Isa Álvarez Vispo y Ángel Calle Collado 25

Pueblos en Movimiento 28

DE UN VISTAZO Y MUCHAS ARISTAS

Conversatorio: «Si solo existiera una identidad rural, estaría muy manipulada»
Revista SABC 31

EN PIE DE ESPIGA

Políticas agroalimentarias y perspectiva feminista
Alba Herrero Garcés y Natalia Castellanos Ayala 36

Soberanía alimentaria, una propuesta por el futuro del planeta
La Vía Campesina 39

El menú escolar como vínculo con la cultura rural
Revista SABC 42

VISITAS DE CAMPO

Venezuela: entre la soberanía alimentaria y la ayuda humanitaria
Ana Felicien 46

El Sumak Kawsay
Revista SABC 50

PALABRA DE CAMPO

«Todo lo que nos permite vivir es el regalo que otra vida nos hace»
Helena Guillén Díaz 53

TerraTecaTraca: Artistas que buscamos unos gritos diferentes para la soberanía alimentaria 55

La fuente. Un lugar de encuentro para pobladoras 57

Dar el salto, una guía para regresar a los pueblos y pasarlo bien
Recincho de Juncia 58



Serie «La era». Sierra Norte de Madrid. Fotos: @adventicia

Qué es identidad, qué es rural

En su novela *Mis cuatro casas*, Mario Rigoni Stern, rememora su vida acompañándose de las cuatro casas donde vivió. La primera, explica, no la conoció nunca pero la tuvo siempre presente; era la casa familiar donde habían nacido muchos de sus antepasados y que la Gran Guerra destruyó. Sin paredes, seguía protegiendo una lengua y memoria común, una manera particular de hacer las cosas, de nombrarlas y, sobre todo, funcionaba de cordón umbilical con la tierra donde se levantó. La segunda casa, una casa flexible, encojió a medida que él creció jugando dentro de ella durante su niñez. La tercera, una casa mental que garabateó mil veces durante los meses que pasó en un campo de concentración alemán. ¿Quién no

ha sido arquitecto de sus sueños? Y, finalmente, la cuarta casa donde todo es tuyo, tu leñero, tus hijos, tu compañera, tu huerto.

Algo parecido a este relato hemos aprendido que es la identidad. Las identidades. Hogares compartidos donde te sientes tú. Casas metafóricas donde se vive de una manera concreta, particular. Construidas, como sugiere Guille Jové en el conversatorio, con ladrillos del material que tenemos disponible, que nos da el territorio que nos rodea, el ecosistema del que somos parte. Es eso y más cosas, también esos alimentos cuyo sabor te estremece porque te lleva lejos en el tiempo o en el espacio; quizá a la cocina de una bisabuela que no conociste, quizá a aquella

¿Os imagináis a todas las andaluzas dueñas de la historia de su pueblo? ¿Os imagináis a todas las andaluzas encontrando en su genealogía estrategias de resistencia y lucha? ¿Os imagináis a todas las andaluzas orgullosas de sus formas de vida, emancipadas en la diversidad de nuestra Andalucía, en su cultura y su idiosincrasia? ¿Encontrando lo subversivo, lo común, lo anticapitalista, lo antifascista, lo antirracista, lo feminista en un patio con geranios y un vestido de lunares?

Pues, quilla, nena, muchacha, ¡vamos a dejar de imaginarlo y vamos a buscarlo! ¡Que ahí, entre tus manos, entre las historias que se cuentan en el pueblo, donde nadie se para, está el poderío y la realidad de Andalucía y sus andaluzas!

Virginia Piña Cruz, «Nadie hablará de nosotras cuando hayamos muerto», en *Feminismo Andaluz*, un monográfico editado por Labio Asesino Femzine (2019). La autora es divulgadora feminista en su proyecto «Mujeres andaluzas que hacen la Revolución».

época en la que conviviste con otras culturas. La identidad es dinámica y va construyéndose y deconstruyéndose hasta que a veces crees, como Mario en su cuarta casa, que has encontrado tu lugar en el mundo.

¿Y, entonces, qué es la identidad rural? No sabemos si hay una respuesta, pero en los contenidos de este número, y con vuestra ayuda, nos aventuramos a garabatear una con todo aquello que soñamos que contiene: afectos, diversidades, memoria, comunidad. Y la llama de la rebeldía, de la movilización social emancipatoria, de la defensa del territorio. Como explica el artículo de David Gallar, la identidad rural no es única y actualmente es un territorio en disputa donde,

sin duda, la agroecología y la soberanía alimentaria tienen mucho que aportar.

«Los capitalistas culturales escribieron la narración de nuestros hechos y resignificaron nuestra realidad para cumplir con sus intereses, enmascarándolos para que pareciesen los nuestros», dice Lluçia Menéndez. Y esta frase nos serviría en presente. Tenemos mucho trabajo por delante para resignificar la ruralidad, para generar nuevos relatos, nuevos imaginarios y nuevas utopías que sigan haciéndonos caminar. Y material, manos y energía para hacerlo, tenemos de sobra. ●

David Gallar Hernández

Identidades rurales, en plural y en pugna

El debate sobre la identidad rural forma parte de la pugna entre diferentes actores por la representatividad social y política de la ruralidad para la defensa de unos intereses particulares asimilados a intereses colectivos. ¿Cuáles son las características movilizadas y quiénes forman parte de los distintos sujetos políticos en construcción?

Un concepto complejo que necesita un sujeto

La identidad social se hereda, se reproduce, se elige, se destruye, se impugna, se inventa, se construye, se defiende... en lo individual y en lo colectivo. Se mueve entre la elección propia y la imposición ajena, porque la identidad se construye desde dentro y también es una etiqueta definida desde fuera para clasificar a las demás personas.

La identidad es una forma de situarse en la sociedad y de que la sociedad se oriente. Es relacional y nos incluye en una comunidad y también nos diferencia de, o nos enfrenta a, los otros; permite la construcción de un «nosotros» distinto a un «ellos». La identidad nos sujeta y nos ata a los demás, porque para ser parte del «nosotros» hay que priorizar y a la vez renunciar a algunas características propias. La identidad es una construcción porque, para que sea útil socialmente, se basa en la selección de una serie de características y en ignorar, ocultar u olvidar otras tantas. Sin embargo, es situacional y no unívoca; depende de cuál sea el espacio y el momento de identificación en el que deba actuar. La identidad puede ser la fortaleza desde la que defenderse de los demás o atacarlos. Se construye utilizando los elementos de identificación social dominante o posicionando y forzando el uso de nuevos polos de identificación. La identidad sirve para poder ser nombrado.

Pero la identidad también es una herramienta en la pugna por las posiciones de poder y visibilidad en una sociedad por parte de diferentes sujetos políticos colectivos, que son quienes construyen y encarnan dichas identidades y las utilizan en la disputa por la hegemonía. Las identidades son siempre proyecciones cargadas de ideología, más o menos visible, más o menos enfrentada a la visión hegemónica de la sociedad.

Nos encontramos, por tanto, en una batalla cultural en la que los actores sociales generan procesos conscientes de construcción de su identidad y tratan de crear sus propios referentes culturales para aglutinar y movilizar las sensibilidades de parte de la población, por un lado, en el interior de su propia base social de cara a la búsqueda de representatividad y hegemonía, y, por el otro, en el exterior, en la competición por los recursos y el poder.

La identidad rural en construcción

Desde esta perspectiva, la identidad rural se entiende como una construcción en proceso permanente de (re)definición por parte de diferentes actores que tratan de hablar en nombre de «lo rural». En este sentido, consideramos que no existe la identidad rural, sino distintas identidades rurales, en plural y en pugna, que provienen de distintos grupos rurales y no rurales, desde diferentes territorios socioecológicos, con



Amelia de Casa El Cuarto en los prados de Miedes, Asturias. Foto: Biela y Tierra

memorias colectivas, con imaginarios, con intereses socioeconómicos y socioecológicos, y proyectos ideológicos de presente y futuro, bien distintos entre sí.

Esta pugna, además, se enmarca en la debilidad histórica del medio rural a la hora de representarse a sí mismo con respecto a sus propios intereses específicos territoriales, lo cual tiene que ver con las estructuras de poder político infrarepresentativas y las dinámicas económicas y sociales que han vaciado a los pueblos.

Porque, hasta ahora, ¿quién ha hablado en nombre de la ruralidad? ¿Quién habla en su nombre ahora? Cuando el propio concepto de ruralidad está en cuestión y cuando existen tantos territorios con particularidades ecológicas, económicas, sociales, culturales y políticas, y que se enfrentan a dinámicas y conflictos específicos en cada lugar, ¿qué será la identidad rural? ¿Estará construida en torno a lo agrario? ¿A lo territorial? ¿A la vida en los pueblos?

La respuesta la podremos encontrar en las características y atributos que pretenden movilizar los diferentes grupos sociales con el objetivo de asumir la representatividad de la totalidad de la categoría en cuestión. Es decir: quién logrará hablar en nombre de lo «rural» y qué contenidos culturales e ideológicos asignará a la ruralidad.

La identidad rural y la agricultura dominante

A la vista está que en el Estado español se están activando diferentes estrategias de movilización política desde y sobre lo rural que tratan de priorizar y visibilizar una serie de características colectivas compartidas que aglutinen a la población rural y sus sensibilidades. A su vez, estas estrategias también tienen como objetivo generar alianzas con otros colectivos y con la sociedad general para intentar tener más peso en la disputa por la hegemonía.

Parece posible construir una identidad agraria y rural basada en el modelo de la agroecología y la soberanía alimentaria.

En este sentido, la condición agraria de lo rural es una parte esencial de la construcción de la identidad rural, un atributo clave que hay que movilizar de manera directa o indirecta para definirla. Por eso, una de las estrategias es asimilar lo rural a lo agrario y atribuir que las necesidades del presente y el futuro de lo rural pasan por satisfacer las necesidades del sector agropecuario; puesto que, mayoritariamente, el resto de la población y la salud del territorio están vinculados necesariamente al destino de la agricultura y la ganadería. Así, la característica objetiva y compartida del sujeto social rural sería dedicarse a la agricultura o a la ganadería o depender, directa o indirectamente, de este sector.

La construcción de la identidad rural a partir de lo agrario tiene mucho sentido porque en los pueblos la mayoría de la población mantiene relación con la agricultura, su economía sigue muy vinculada a ella, lo agrario sigue teniendo un gran peso en la cultura rural y sigue modelando el paisaje. El sector primario tiene una alta visibilidad en lo público, lo político y lo económico en la sociedad rural, aunque no tanto fuera de ella ni tampoco como actor con capacidad de incidencia en el sistema agroalimentario.

Entonces podemos hablar de un frente «agrario» en el que lo rural se asimile a lo agrario, que el resto de los actores rurales acepte ese protagonismo político y su construcción identitaria a condición de lograr una mayor visibilidad, influencia o poder en la arena política; por tanto, la defensa del sector primario sería la defensa de todo lo

rural. En la situación actual, con el sector agrario fuertemente amenazado, desposeído y maltratado es lógico que se busque una propuesta identitaria y política que le dé respuesta.

Este sería, pues, un frente agrarista que responda claramente a la composición estructural del sector agrario dominante: masculino, industrial, envejecido y con jóvenes abocados a la intensificación productiva, con la amenaza permanente de la falta de rentabilidad agraria y en un contexto donde las condiciones para consolidar un proyecto vital y familiar son cada vez más difíciles.

Ruralidad «tradicional» y retóricas «camperas»

Este frente agrarista se amplía a sí mismo integrando un discurso «campero», dotándose de un marco más amplio y territorial de lo rural que se construye como respuesta y enfrentamiento al discurso ecologista y conservacionista, al que consideran externo y antagónico. Esta posición refuerza la identidad interna agraria y facilita la integración de otros actores rurales como los cazadores y el mundo de los toros de lidia, y se les resignifica como los «verdaderos ecologistas», como aquellos que viven en el campo y del campo, quienes lo conocen y lo usan.

De este modo, el sujeto social de hombres agricultores y ganaderos trata de extender su marco de referencia frente a actores «externos». Desde esa óptica, frente a los espacios naturales protegidos, frente a quienes defienden a lobos y osos como especies de alto valor ecológico y social, frente a los animalistas y antitaurinos urbanos, etc., el sujeto colectivo e identitario de hombres «camperos» construye un ideario y una identidad colectiva basada en la defensa genérica de los agricultores y ganaderos y de las actividades «tradicionales» del campo desde unos intereses particulares y basados en un modelo agrario cada vez más intensivo. Pretenden, sobre todo, tener el monopolio de la toma de decisiones sobre su territorio ante otras opiniones y agentes tanto internos como externos.

En este sentido, es interesante cómo este sujeto político trata de ampliar su marco de legitimidad integrando en el frente agrarista a la ganadería extensiva con la que poco tienen que ver en su modelo de gestión. La ganadería extensiva, por definición, hace un uso sostenible del territorio y establece alianzas con un nuevo consumidor

de carne más consciente. Incluyéndoles, además, apartan las problemáticas propias de este sector específico y sus posibles propuestas o soluciones.

También es interesante cómo el mundo de la caza, en el que terratenientes y grandes empresas manejan partes enormes del territorio de manera excluyente y mueven miles de millones de euros cada año, se ha incorporado a ese frente donde las diferencias internas se obvian y se alza la voz para defender intereses particulares disfrazados de interés general. Otra estrategia es la apelación a las tradiciones y al folclore, que ofrece un intento de revalorización y orgullo de la cultura rural, como un elemento más para aumentar la capacidad inclusiva del frente agrario-campero.

Otras ruralidades diversas e incluyentes

El cuestionamiento del propio sector agrario sobre el modelo agroindustrial y el reconocimiento de sus impactos ecológicos y sociales puede ser un punto de partida para la construcción de una identidad rural y agraria en defensa del territorio. Frente a los polos de agricultura bajo plástico, la explotación laboral de jornaleros y jornaleras migrantes o las macrogranjas, parece posible construir una identidad rural basada en el cuidado del territorio, en la producción de alimentos de calidad, en el feminismo o en la incorporación de jóvenes a nuevos modelos. En definitiva, una identidad agraria y rural basada en el modelo de la agroecología y la soberanía alimentaria que, además, conecta con identidades rurales de antaño.

En contraposición al frente «agrario-campero» sería posible definir un sujeto social agrario autónomo respecto a ese frente agrarista sometido al régimen corporativo que obliga al sector agrario y ganadero a profundizar en las lógicas agroindustriales en contra de su voluntad. Podrían tenderse puentes mediante una estrategia que permita a algunos agricultores y ganaderos del frente «agrario» sentirse incluidos en esta identidad «neocampesina» que se enfrente al régimen corporativo y les libere de la presión productivista y de la amenaza permanente de cierre de su granja.

Ciertamente, este colectivo agrario tiene menor peso y menos base social sobre la que asentarse en lo público, lo político y lo económico; pero, a cambio, tiene el potencial de construir una imagen rural vinculada a los valores de la agricultura tradicional y campesina respetuosa con

el territorio, que vive su cultura rural desde la reactualización y no desde la folclorización; una identidad agraria vinculada a la convivencia con la naturaleza y la coevolución, y no al enfrentamiento o la exclusión de otras actividades u otras especies. Una agricultura que renuncie al intento de monopolio del territorio a través del diálogo, la empatía y la identificación de sinergias positivas con otros colectivos, sectores profesionales y actividades. Una ganadería extensiva que dialoga con las posturas conservacionistas y llega a puntos de encuentro.

Este frente «agroecológico-neocampesino» tiene un potencial enorme de articulación con otros actores rurales no agrarios que construyen y defienden una ruralidad abierta, inclusiva, que reivindica la diversidad y promueve las sinergias, que cuida su medio ambiente, que aprovecha nuevas oportunidades de vida en el territorio, que valora y recupera su memoria, que cuida de sus mayores y ofrece oportunidades a sus jóvenes, que incluye y reconoce a las mujeres, que apuesta por modelos de turismo sostenible, etc. Un frente que denuncia y resiste a las macrogranjas, a la invasión de las energías renovables, a la marginalización y explotación de la mano de obra local y migrante, a la destrucción de los ecosistemas, a los trasvases de agua, etc. Un frente de sustentabilidad que apuesta por políticas públicas que se orienten a revertir la despoblación, el envejecimiento y la masculinización del medio rural. Una mirada que puede conectar también con el territorio urbano, que establezca puentes y rompa con las dicotomías.

En definitiva, los contenidos con los que se construya la identidad rural dependerán de la capacidad de diferentes grupos sociales para movilizar elementos materiales y simbólicos de la sociedad rural y de quiénes integran los distintos sujetos políticos en construcción, del apoyo logrado entre la sociedad a la que pretende representar y su capacidad de incidencia externa. ●

David Gallar Hernández

Instituto de Sociología y Estudios Campesinos (ISEC), Universidad de Córdoba

Segundo pastoreando su
rebaño de oveja xalda
en los prados de Caldevilla
de Rengos, Asturias.
Foto: Biela y Tierra

ASAMBLEA DE IDENTIDADES RURALES

El tema central de este número es complejo y subjetivo y necesitábamos que nos ayudarais a construirlo. ¿Qué es para vosotras la identidad rural? Es la pregunta que os hicimos y aquí dialogan todas vuestras respuestas.

Vivir en un pueblo es, muchas veces, sentir que estás rodeada de puertas cerradas que quizás no vuelvan a abrirse nunca.

Es habitar entre las ruinas de un mundo que se desmorona y que está a punto de desaparecer o ya desapareció. Es como vivir sobre un gran yacimiento arqueológico, ya medio saqueado, en el que quedan algunos restos y unos pocos visitantes remolones haciéndose fotos.

Es el campo de batalla, aún lleno de minas, entre la modernidad y la tradición.

Es un desván polvoriento donde se almacenan los recuerdos de infancia de varias generaciones. Aquí se guardan los juguetes rotos, las bicicletas del verano, las fiestas de agosto, las interminables tardes a la fresca, los baños en el río y los tomates del huerto..., pero también todo aquello que los que se fueron quisieron enterrar o esconder. Es habitar en el recuerdo y, a la vez, en el olvido.

Habitamos este lugar que otros dejaron atrás. Nadamos a contracorriente y resistimos aquí

aunque llegue el invierno, echando raíces como podemos, para que no nos arrastre la riada que se llevó a las demás.

Estamos lejos y nos sentimos más lejos aún. A veces tan lejos que parece que esto es otro planeta, otro universo. Nuestros horizontes se dibujan de otra manera. Nuestros ritmos y nuestros tiempos son otros. Nuestras preocupaciones, otras. Nos hacemos otras preguntas usando otras palabras. Y tenemos, a menudo, otras respuestas.

No es fácil vivir sabiendo que estamos a punto de perder el gran tesoro que encierran estas puertas, estos muros, estos campos. Por eso, urge recoger y coleccionar los saberes que aún quedan y guardar la memoria de quienes nos los cuentan, tanto con las palabras como con las manos. Urge reaprender todo ese conocimiento y compartirlo, remendando los vínculos vecinales y comunitarios. Urge abrir surcos, puertas y ventanas. Y no tener miedo a las ruinas y construir sobre ellas, esperando que sean cimientos.

@adventicia, Sierra Norte de Madrid

Vaig a poar aigua a la font.

Arregle les gallines i arreplegue els ous.

He transplantat el llorer.

Amb la cistella gran anem al bancal erm de baix a collir pomes.

Amb quatre tomaques faig el dinar.

Des de ma casa veig el fúnebre. Sí, el meu veí ha encès el forn. Prepare un bescuit de poma i mentres es cou jugue amb Llum, la filla dels meus veïns.

Sa mare aprofita per preparar una classe de valencià que farà online.

I mirant Llum, pense:

Les xiquetes que es crien al camp tenen les mans grans, el cos lliure i als peus, arrels.

Filosofia de bancal. Identitat rural.

Marta Feliu, cocinera agroecològica. Vall de Perputxent (País Valencià)

En nuestro recorrido por cientos de municipios e iniciativas enclavadas en el entorno rural, hemos aprendido que, al igual que no existe una única identidad urbana, tampoco existe una única identidad rural y muy poco tiene que ver Jerez de la Frontera con Molinos o Barcelona con Santander. Sí existe, en nuestros pueblos, una manera común de ser y estar, en la que la vida está íntimamente ligada a la naturaleza y a sus ciclos porque están presentes de manera ineludible en el día a día. Una identidad que se construye sabiendo que cada persona cuenta, con nombre y apellidos, para lo bueno y para lo no

tan bueno. Pareciera, recorriendo territorios tan diversos, que, mientras las ciudades continúan buscando soluciones en la tecnología, el aumento de la productividad y la dependencia de los servicios, en el entorno rural la población conserva la capacidad de cubrir sus necesidades básicas, se siente más responsable del devenir de sus vidas y es más consciente de posibilitar la vida de otras personas y seres vivos. Lo relevante sería preguntarnos: ¿para cuándo el reconocimiento de estos principios como elementos culturales predominantes?

Biela y Tierra

Ser rural, de naixement o d'acollida, és sovint caminar per les arestes del sentit. Abocar-se constantment a la certesa d'un món en flames, que no suporta més el pes del progrés. Però també és fer-se conscient de les esclatxes que les arrels, tossudes i pacients, van obrint en el sòl compactat per anys de ceguera. I amb aquesta percussió suau i constant, ens espongen silenciosament el camí. Ens sembla agosarat parlar d'alliberament, i romàntic associar-lo al rural. I ens castiguem per pensar-ho i bastim murs de derrotes futures. Mentre elles, les arrels, tracen el sender de la possibilitat. Obren via, criden vida. Escoltem-les.

Carla Roca, Les Garrigues (Catalunya)

¿Qué ye pa mi la identidad rural? No figurarte vivindo pa cutio en otro puesto que no siga un lugar, un pueblo. Pue' estar en lo que has crecíu u cualisquier otro, pero un lugar. Lo silencio, lo cielo cuando se fa nuey, poqueta chen y conocerse'n todos. Cosetas que itas a faltar cuando t'en has a ir. No porque quereses irte'n, sino porque a ormino te fan marchar. Pero tornas, porque lo has a menester. Porque no quies otra vida, anque esta que has eslixiu no la fagan pon fácil.

- Chica, qué de pueblo eres.

- Y a muita honra.

Carmen Garate Marín, veterinaria. Echo (Huesca)

Animal humana terrestre: mamífera pensante omnívora con habilidades manuales para el uso de herramientas para la producción y procesado de alimentos, pensamiento complejo fluctuante entre apocalíptico y utópico, dificultad para asentar certezas y alta capacidad para trabajo físico. Poco permeable ante opiniones de sus semejantes, biorritmo solar y cuatriestacional, tendencia a la ensoñación y a la contemplación del entorno natural.

La piel a la intemperie, corteza de roble, huellas de oso en el barro, restos de erizos de castaño, primero mojados y luego secos. Como uniforme y protección frente al medio, sombrero de paja para el sol, traje de agua para el otoño y la primavera,

sandalias polvorientas o katuskas pesadas con kilos de tierra pegajosa.

Y dentro de esa piel curtida, bajo el traje de campesina, de todas esas capas, la labor. Y aparejado a las labores va el agotamiento físico, y a veces emocional, una vez al mes asegurada la indefensión, la incompreensión, el abismo entre mi mundo pequeño y ese otro tan grande y desconocido, la soledad, los inviernos largos con sus largas noches, la sencillez de las cosas sencillas, como una patata cocida o una acelga salteada o los niños jugando con un palo, el asombro de nuevo ante cada primavera y el brillo transparente de las hojas tiernas de las hayas, e intentar compartir toda esa belleza...

*Laura Ibarra, agricultora
y autora del libro «Diario de una campesina».
Zureda (Asturias)*

12 Fisuras (fragmento)

Dispós as pezas do horizonte con certo estrañamento, obviando que é unha ollada allea quen pautou como o miras todo. Pérdete nun temporal de nomes e rostros. Pertences a este lugar e non pertences a ningún lugar

Procuras reconstruír as palabras. Entender que onde dixeron baleiro había vida. Onde dixeron que conviña a fuga había desesperanza e carencia. Onde dixeron que había progreso houbo resistencia e suor

Ti marchas e volves. Miras e apartas os ollos. Intentas entender. Un día deteste: Ata cando vas ignorar a dirección dos teus pasos? Ata cando vas obviar a inutilidade da inacción?

Non é certo que desde fóra, desde o alto, se mire mellor. Ao lonxe pérdese a verdade da materia e dos corpos.

Alá abaixo, onde risca o vento, onde cada cousa recibe un nome e ocupa o seu lugar, aí é onde acontece todo. Onde se tece e destece todo o que ti es, o que nos posibilita.

Un lugar sen espellos, no que as fisuras braman a chamar por nós para que as pechemos cos dedos

Lara Dopazo Ruibal, poeta gallega

En un mundo en el que cada vez es más importante la identidad digital, el apego al territorio se hace aún más necesario. En el medio rural una parte principal de ese apego, de esa identidad que en parte nos define, es la herencia y la tradición. Siento pena al pensar que tuve la oportunidad de aprovechar esa transmisión y no lo hice. Mi abuela, originaria de San Pedro Romeral (Valles Pasiegos), era renovera (vendedora ambulante de productos de la huerta). En casa nunca habló en cántabru, pero estoy seguro de que para ella era la forma natural de hacerlo.

Con la independencia económica lo primero que hice fue comprar una cabaña pasiega en San Roque de Riomiera. Pareciera que esa identidad

rural estaba ahí cual micelio esperando una buena combinación de lluvia y sol.

Tras todos estos años, noto como se va rellenando ese pequeño hueco que tenía, me siento más capaz de percibir y comprender el entorno en el que vivo. Veo todo lo que se ha hecho en él para crear uno de los territorios en los que mejor conviven personas y naturaleza, y me parece absurdo que con las herramientas que tenemos hoy en día pensemos que no somos capaces de cuidar de ello, de revitalizarlo. Hay un pequeño halo de derrota en la identidad rural, pero en estos valles se celebra el Urgullu pasiego y yo quiero en el futuro pensar que soy parte de eso.

Aitor Lobato Rubio. San Roque de Riomiera (Cantabria)



Amar el territorio como a tu propio cuerpo, aceptando todos sus defectos.

Abrazar el legado de nuestros ancestros. Ser pueblo siendo de un pueblo, de entre tantos como hay.

Pertenecer a la tierra y al agua que nos da vida. Cuidar la fuente y el manantial.

Gozar de las abundancias y soportar las carencias. Permanecer, resistir, pese a tener todo en contra. Empeñarse, insistir, mientras todo se derrumba. Reconocer la belleza en lo más imperceptible. Habitar este rincón olvidado de la historia y de los grandes acontecimientos.

Abrirse a viejos aromas que invaden nuestros sentidos. Recuperar el sentido de nuestro existir, cultura del convivir. Ser memoria viva, colectiva, de raíz.

Honrar los pasos pasados que nos trajeron aquí. Ese caldo de verduras, que cada día cocía en el fuego del hogar. Esa cuchara gastada por la constancia del gesto, cotidiano, invariable, de mi abuela y de mi abuelo.

*Sergio Sánchez, desertor del asfalto.
Lugar de Poedo, Concello de Baños de Molgas, Ourense*

Comunitar

Un ictus paralitza el cos i la vida de ma mare, Merce. Hui, fa el seu primer pas i fila nyores amb una mà. El procés és difícil i emocionalment intens: el nostre no és un sistema cuidador. Som sostingudes per veïnes i amigues. Els seus afectes són horitzó proper i orgullós.

Maeva, la veïna, li pinta les ungles; Mariano ens convoca al bingo comunitari; Carmen i Juanjo porten gínjols de la Pila. Des del balcó, compartim lluna i alegria amb Sílvia, Marina i Cris. Les figues del Carxe. A la fresca, amb Antonia, Luisa i Juanita. El formatge de Mariola i les històries de Reme. La nit de ball i rifa amb Angeli i les companyes de Creu Roja.

L'abraçada d'Isa quan el cos tremola. Ana ens regala carabasses. La centenària Torre del Rellotge toca el present. Les rialles per telèfon amb la tia Consue. Inma ens fa la plaça. El refugi del Pi de la Tomatuja, en bici. Els rituals de Sandra. Les pel·lis de Dani. Les mans de Jose, el fuster. Mari, la perruquera, li talla els cabells a casa. Els fartets i els canyissars del Prado.

Som terra, memòria i vincles.

*Lorena Escandell Carbonell,
periodista social. El Pinós (País Valencià)*

Soy:

La semilla primitiva que custodiaron mis ancestros. La comunidad reunida, azada en mano. Niebla otoñal. Los pies embarrados. La tierra labrada, la convicción sembrada y la espalda cansada. Un desayuno junto al fuego con mis paisanas. La lluvia en la cara. Silencio. El ciervo berreando y la luna en mi cama. Silencio.

El sol saliendo por la Comassa. Eth país cubierto de nieve. Los brazos de J, casi centenarios, abriendo paso. El duro hielo. Los dos paleando, mientras F pasa con su bastón. Su pausa y su ayuda. El vaho que escapa de nuestras risas. El golpe de hacha, el tronco partido y las ampollas en las manos. Las chime-neas de todos respirando. Calcetines de lana, un caldo caliente. La tempestad sacudiendo los contravientos. Silencio. Una llama en la oscuridad. Silencio.

El canto de los pájaros y el grito de mis camaradas. Los caballos fuera del cercado. Rebelión. ¡Qué verde está mi valle! El tilo empujando la vida. Las puertas de las casas siempre abiertas. D matando un pollo, V desplumándolo y S cocinándolo. Una mesa al aire libre. El vecindario conviviendo mientras pasan los turistas. Acordeones y cantos colectivos. Los caballos dentro del cercado. El olor a hierba seca en el pajar. Silencio. Dos lechuzas conversando. Silencio.

El mercado del mes. Yo hago esto y tú eso mientras ellas acaban aquello. La plaza viva. La desconexión de internet. Un campo de trigo. La decepción de los tallos sin espiga. Solo paja, caras largas y ratones felices. La guadaña de mi abuelo segando a ras de suelo. Un pueblo en pie, aún sin pan. Una celebración. A pesar de todo, el río sigue adelante. Este año no, pero el siguiente sí. Querer beber de nuestra fuente. Querer comer nuestro propio pan. Silencio. Las semillas preparadas. La esperanza del mañana. Silencio.

Todo esto soy.

Alidé Sans, cantante de la Vall d'Aran

Me cuesta pensar en una supuesta identidad de lo rural. Intento en primer lugar buscar cuál sea esa linde, física o no, que delimite de forma inequívoca lo rural de lo urbano. Enseguida me vienen las sugestivas y estimulantes diferencias que socavan cualquier identidad que se pretenda pura: el inevitable devenir apunta a procesos de mestizaje que hablan de complejas y agrietadas fronteras, en donde desmarcarte del otro no es relevante, y sí ofrecerle hospitalidad incondicional. La identidad da paso a las identidades, más inspiradoras para la transformación, porque ya son transformación, poco propensas a agotarse en ese vano querer permanecer idénticas a sí mismas en el gran torbellino de la vida.

Una de esas identidades o características que

nos sonasen a rural podría ser la de los trabajos en común y por lo común, el pensar y hacer cosas juntas mientras nos hacemos y crecemos juntas. No obstante, cuesta ya encontrarlo en nuestros pueblos, mientras que en algunas barriadas de las grandes ciudades, aquellas que nacieron hace décadas con gente llegada de los pueblos, surgen, por ejemplo, en forma de huertos urbanos o espacios comunitarios.

Quizás lo rural no sea solo una cuestión vinculada a una organización territorial en la que queda subyugado frente a lo urbano. Quizás lo rural sea también otra forma de hacer y estar en el mundo, que podemos pensar y en la que podemos confluir independientemente de donde vivamos.

*Enrique González, Tierra de Campos (Palencia)
y barrio de Lavapiés (Madrid)*

Creo que todo movimiento y toda comunidad necesitan de partes identitarias. Son vitales el reconocimiento, las voces, las historias y experiencias propias, el sentirse acompañada y reconocida, saber que tu voz y tu experiencia también cuenta. Por fin, se está rompiendo el relato plano que reducía a prejuicios y estereotipos simples y dolorosos a nuestros pueblos, territorios y habitantes. Nuestras aldeas y medios rurales son infinitos y diversos. Y pienso en ese lazo con la tierra no como una raíz inmóvil y atada en un solo lugar, la imagino desenvolviéndose en múltiples y diversas raíces aéreas que originan nuevas vecindades y posibilitan otros mañanas. También de ellas

estamos hechas, también gracias a ellas somos raíces para otros. Gracias a ellas, cada mañana el mundo sigue. Vendrán días en los que nos tocará aprender y ver como los lugares en los que vivimos cambian. Necesitamos narrarnos, saber de dónde venimos para saber hacia dónde queremos ir. Imaginar nuevos futuros rurales, entrelazar entre todas una nueva conciencia en nuestra relación no solo con la tierra, sino con las personas, seres, medios, recursos con los que compartimos territorio. Formar parte de un nuevo relato escrito desde abajo y por nosotras que nos cobije a todas para alcanzar un medio rural feminista, diverso y vivo.

María Sánchez, veterinaria y escritora andaluza

La identitat rural pot ser una eina per a lluitar contra l'eix de desigualtat que marca les relacions entre la ciutat i el rural. L'estem parint ara mateix, aquesta identitat, i de nosaltres depén que nasca i cresca valenta, inclusiva i solidària.

Félix A. Rivas, etnógrafo aragonés

Lucía Menéndez Suárez

La lengua y la rosa de braña Mingón

Una lengua coevoluciona con sus hablantes y en su entorno, que le aporta y que le exige, que se transforma y es sensible a lo que ocurre alrededor. ¿Cómo se relacionan las lenguas con el poder? ¿Qué conocimiento biocultural hay en ellas?

Un ganadero asturiano se ha hecho viral recientemente en Asturias. El vídeo, que forma parte de una campaña de promoción de la marca Ternera Asturiana, muestra a Benito Mingón enseñándonos la braña en la que pastan sus vacas. La cámara lo acompaña casi ocho minutos, en los que nos explica cómo siega, la historia de la construcción del camino, qué es una braña, o sus anécdotas de infancia y juventud junto a su abuelo en estos pastos de la montaña de Cangas del Narcea. Además, aprovecha la circunstancia para reclamar a las autoridades que le puedan estar escuchando la mejora de los accesos a la braña.

Esta estampa no tiene nada de particular para la mayoría de las asturianas porque todas esas labores las vimos en casa. Lo que ha hecho que el vídeo corriera como la pólvora es cómo vive y disfruta Benito Mingón de todo ello. Lo que nos emociona como espectadoras no es solo que este ganadero todavía prefiera segar a guadaña que con la desbrozadora; sino, sobre todo, cómo nos transmite el placer que siente al oír el filo de guadaña cortando los helechos y los espinos, el movimiento armónico de su cuerpo al ejecutar el corte preciso y cuidado de las hierbas, su alegría por que el camino a braña Mingón siga abierto y limpio. Cuando lo vemos gozar con el rugir de la cuchilla curva se nos viene a la cabeza un ángel del infierno al que se le eriza la piel con el ruido del motor de su Harley.

Cuando toda España estaba en la playa (la frase es de Matías Prats), en el mes de agosto de

2017, Benito Mingón estaba (re)abriendo con sus propias manos, a pico y pala, el camino que lleva a los pastos de la braña. De todo aquello conserva un recuerdo a flor de piel: un callo que todavía no se le ha quitado. Ahora, además, puede volver a oler el rosal que había plantado a la orilla del camino con trece años y nos lo muestra orgulloso. La escena nada tiene que ver con el refinamiento afrancesado al que estamos acostumbradas cuando de oler rosas se trata. Y sin embargo, nos (con)mueve.

Y hasta aquí solo he descrito parte de los dos primeros minutos del vídeo. Creo que es suficiente para ilustrar de lo que os quiero hablar y todavía no os he dicho: Benito Mingón se expresa en lengua asturiana. Y esto es así porque no puede ser de otra manera. Lo que nos ha seducido de este vídeo es su autenticidad y valor respecto a la realidad. Ninguna recreación ficcionada habría sido capaz de generar una verdad más verosímil.

Mientras que la braña de Mingón siga en pie y Benito siga subiendo sus vacas a pastar, la lengua asturiana seguirá teniendo, al menos, un hablante. No vamos a ser simplistas, en un mundo globalizado hay muchísimos factores que inciden en el mayor o menor uso de un idioma. Pero, sin duda, uno de ellos tiene que ver con el medio en el que se formó y desarrolló una determinada lengua. Cada idioma sobrevive en su propio ambiente ecológico, determinado por la sociedad que lo habla y sus actitudes hacia él. Las lenguas están perfectamente adaptadas al medio que las

Manifestación por la oficialidad de la lengua asturiana el pasado 16 de octubre en Oviedo. Foto: Iván G. Fernández



vio nacer y suponen la vía más eficaz para comunicarse dentro de su comunidad de hablantes. La lengua codifica el conocimiento biocultural de una sociedad a lo largo de la historia y permite acumularlo, aunque se vaya actualizando con cada generación.

La continuidad, más o menos estable, en las relaciones socioambientales del hábitat en el que se desarrolla una variedad lingüística facilita su uso cotidiano y, con ello, la trasmisión intergeneracional de esta forma de expresarse. Y no hay mayor muestra de vitalidad de un habla que su persistencia a través de las distintas generaciones. La realidad cambia y las lenguas lo hacen con ella, pero pueden hacerlo dentro de los parámetros culturales propios si cuentan con el apego de sus hablantes, que se identifican con ellas; o estos mismos hablantes pueden abandonarlas en favor de otras variedades más prestigiosas o ventajosas socioculturalmente. Así, la perturbación de los sistemas socioecológicos puede poner en peligro la continuidad y funcionalidad de las formas tradicionales de comunicación lingüística.

Diversidad cultural, diversidad biológica y vulnerabilidad

Las correlaciones entre la diversidad lingüística y cultural y la biodiversidad son evidentes si las observamos a escala global. Las áreas con mayor diversidad biológica del mundo coinciden con las de mayor linguodiversidad. Esta superposición se da en todos los continentes, pero

destaca principalmente en las zonas forestales de los trópicos. Papúa Nueva Guinea, el país más rico lingüísticamente, destaca también en cuanto a la diversidad y el número de vertebrados endémicos. Los territorios con más lenguas propias son aquellos que conocemos como megadiversos biológicamente. De la misma manera, las lenguas más amenazadas, aquellas que están en peligro de extinción, coinciden con los espacios naturales y sociedades en peligro de supervivencia por unos modelos de explotación insostenibles.

No nos resultará difícil imaginar que hay otro mapa que se superpone al de la glotodiversidad: el de la pobreza. Los pueblos más pobres hablan el 75 % de las lenguas del mundo y habitan en esos espacios megadiversos. Así, el patrimonio natural, lingüístico y cultural de la humanidad está depositado en las comunidades más vulnerables a las presiones de la globalización. Las más empobrecidas son las que más sufren la degradación ambiental, lo que provoca más pobreza y esta, a su vez, genera más destrucción ambiental. A este círculo vicioso hay que añadir que estos idiomas están excluidos de la educación y de la esfera de lo público. Hablar lenguas de pobres nos empobrece aún más en el sistema capitalista.

Por lo tanto, cuando hablamos de bienestar humano no podemos olvidar las complejas relaciones que existen entre lengua, educación, salud, género, clase y medio ambiente. Los discursos de los modelos de progreso hegemónicos han parcelado y estandarizado la realidad y han

Manifestación por la oficialidad de la lengua asturiana el pasado 16 de octubre en Oviedo. Foto: Iván G. Fernández



impuesto una homogeneización cultural y lingüística para lograr el supuesto desarrollo de estos pueblos. Aunque, hasta la fecha, ha quedado demostrado que solo han causado destrucción, dolor y pobreza.

El siempre recurrente darwinismo lingüístico se ha puesto de moda en la derecha española en los últimos años y ha calado en la sociedad. Según esta teoría, la selección natural de las lenguas hace que prevalezcan las mejor adaptadas, las más útiles, las mejor dotadas. Si esto fuera así, sobrevivirían todas, porque como ya se ha dicho más arriba, cada lengua está especializada en nombrar la propia realidad y en contener el conocimiento del mundo que manejan sus hablantes. Por el contrario, constatamos y nos escandalizamos ante la rápida destrucción de la glotodiversidad: La Unesco vaticina que el 90% de las lenguas del mundo desaparecerán a lo largo del siglo XXI.

Quienes apelan al darwinismo lingüístico quieren hacernos creer que las lenguas son unos seres vivos que viven autónomamente al margen de sus hablantes y que se expanden naturalmente al ser, de entre todos los posibles, el medio más eficaz de comunicación. No importa que sea Ayuso o el presidente de la RAE, todos tiran de argumentación

darwinista para justificar el imperialismo lingüístico del castellano y su imposición aquí y allá. Convertir al castellano en español nos convierte en ciudadanas, nos despolitiza y nos saca de pobres. Olé.

La palabra es nuestra

La aplicación de las teorías darwinistas a las lenguas ha (de)generado en supremacismo lingüístico y, con él, en racismo lingüístico. Y el contexto de este vídeo no es más que un ejemplo de ello: Benito Mingón, que se identifica como campesino, habla en asturiano porque es la lengua que le corresponde, de acuerdo a su hábitat, a su clase, a su condición sociocultural. Y esto no podría ser de otra manera según la cosmovisión supremacista, que necesita una variedad lingüística inferior sobre la que imponerse. Además, esta ideología denigratoria queda compensada por una exaltación folclórica y sentimentaloides del *acento* y del *deje* de un bucólico pastor de las montañas asturianas, en consonancia con el mito del buen salvaje.

Al mismo tiempo, como tampoco podía ser de otra manera, la campaña publicitaria y la propia marca IGP Ternera Asturiana está íntegramente

en castellano. A Benito lo subtitulan para sacarlo de la braña. Porque, claro, una Indicación Geográfica Protegida es algo muy serio, ahí entra en juego el prestigio y el dinero, y para eso tenemos el castellano. Aunque en Asturias llamemos a la ternera *xata*, eso solo lo podemos decir en la intimidad del hogar y de la braña. Los señores que crean las IGP, DOP o los Consejos Reguladores, esos que tienen un despacho en la capital y se espantan cuando ven una vaca, como nos quieren sacar del salvajismo, renombran nuestra realidad cuando se acercan a ella, por cierto, siempre con fines extractivistas o de explotación.

Aquí, los que acumulan y generan el capital cultural están ante la constatación de una existencia que no nombran, pero su intención no es invisibilizarla sino vaciarla de contenido para resignificarla. Prefieren renombrar la realidad para crear una narración nueva ajustada a los intereses del capital. Poco importa ya lo real, lo que está en juego es quién es capaz de contar la verdad.

Y todo esto en el momento en el que se abre el debate parlamentario sobre la oficialidad del asturiano. Poco se va a hablar el próximo año en la Xunta Xeneral de bienestar humano, de desarrollo sostenible y de conservación de la biodiversidad y la glotodiversidad. Al capital nada le importa la justicia lingüística, la equidad, la igualdad y la libertad —si es que estos términos todavía significan algo—. Las palabras se las llevará el viento

cuando hablen de igualdad de oportunidades e inclusión en educación porque allí son muy de apostar por el bilingüismo castellano-inglés, que es el que mejor perpetúa las desigualdades sociales.

Llegó el momento de crear una narrativa propia, al margen de los discursos oficiales, que además de ser verdad, lo parezca. Hasta ahora no nos sirvió de nada que lo real fuera verdad, porque los capitalistas culturales escribieron la narración de nuestros hechos y resignificaron nuestra realidad para cumplir con sus intereses, enmascarándolos para que parecieran los nuestros. Por ello, sin movernos de donde estamos, desde lo real, debemos ser capaces de generar una narrativa que ocupe también el espacio de lo simbólico. A pesar de que la Universidad de Uviéu nos expulse de su espacio simbólico, una vez que elimina el asturiano de su logo institucional, que ahora luce en bilingüe imperialista. A pesar de las IGP. Esa es su narrativa y nosotras tenemos la nuestra. Y nuestra también es la palabra. Y la tierra. Dios y el cucho pueden mucho, pero más el cucho. ●

Lucía Menéndez Suárez

Profesora y activista de la lengua asturiana

LECCIÓN DE GRAMÁTICA

¿Cómo se diz en *uolof* la palabra frontera, la palabra patria? ¿Y en *soniké*? ¿Cómo-y llamáis al desamparu? Si queréis dicir en *bereber**, por exemplu, «yo tuvi una casa nun arrabal de Rabat» ¿ponéis nesti orde la frase? ¿Cómo se conxuguen en *bambara* los verbos que lleven al norte, qué axetivos-y cuadren a la palabra mar, a la palabra muerte? Si tenéis que marchar, ¿ye la palabra adiós un sustantivu? ¿Cómo se pronuncia en *diakhanké* la palabra exiliu? ¿Hai que xuntar los llabios? ¿Duelen? ¿Qué pronomes usáis pal qu'espera na playa, pal que regresa ensin nada? Cuando señaláis p'allá, pa contra casa, qué alverbiu escoyéis? ¿Cómo se diz na vuestra, na nuestra llingua la palabra futuru?

Berta Piñán, *Un mes*. Editorial Trabe. Uviéu, 2003

(*) Como resultado de la reivindicación del pueblo *amazigh*, el término *bereber*, usado por sus enemigos para menospreciarlo, ya no se emplea para referirse a una persona *amazigh* o a su idioma, el *tamazight*.

Amal El Mohammadiane Tarbift y AbdelMouhsine El Farissi

Identidad rural, despojo y migración

EL AGUA COMO RAZÓN DE VIDA EN EL RIF

Uno de los pueblos más cercanos que tenemos (en muchos sentidos) es el pueblo rifeño, sumido en una lucha muy poco visible por su dignidad y su soberanía y que está íntimamente relacionada con su identidad rural y con su relación con el agua.

Si la gente encontrase agua, volvería al «campo». Jachi Jadouch, campesina de 89 años, tras toda una vida dedicada a la agricultura, ha tenido que reducir su actividad a cuidar sus tres vacas para vender la leche en el mercado. Pasó de tener una veintena a verse obligada a venderlas. «No teníamos para alimentar a la familia debido a la escasez de agua en la zona». Esta limitación la ha llevado a la tristeza y al anhelo de aquellos momentos «de abundancia y dignidad». Y es que la memoria campesina del Rif y su cultura de gestión del territorio es, sin duda, una de las señas de identidad de esta región ocupada, marginada y abandonada históricamente por los gobernantes de Marruecos.

El territorio rifeño, al norte de Marruecos, se extiende por toda la costa mediterránea hasta la ciudad de Fez en el sur y abarca las provincias de Alhucemas, Nador, Driouch y las regiones de Yebala y Gomara. De los más de un millón de habitantes que residen en el Rif central, el 44 % viven en entornos rurales, según Haut Commissariat au Plan (HCP).

De cultura mayoritariamente amazigh, el pueblo rifeño se caracteriza por tener lengua e identidad propias. Desposeído de una estructura de poder centralizado, tenía una multitud de alianzas creadas a partir de estructuras tribales. En sus tradiciones políticas¹ es destacable la asamblea

(*agraw*), cuya organización se basaba en las comunas, que establecían sus propias normas (*izarfan*) al margen de la figura del sultán, que solo tenía el poder religioso en la zona.

Memoria campesina e identidad rural en el Rif

Habiendo tenido su propia estructura política republicana a principios del siglo xx, el Rif pasó a ser una región reprimida por el sistema colonial español-francés y, posteriormente y hasta hoy, por el gobierno marroquí. En octubre de 2016, tras el asesinato del vendedor de pescado Mohsin Fikri, las protestas espontáneas, apoyadas por miles de personas, se transformaron en un importante movimiento social, Hirak, capaz de articular las demandas sociales de la región.

La dependencia de la agricultura para la subsistencia de la población es fundamental para entender las reivindicaciones sociales de este movimiento, una de cuyas demandas hace referencia al rescate de la memoria y la gestión de agua.

El proyecto «Estudio y mejora de los sistemas tradicionales de regadío», que llevan a cabo la Facultad de Ciencias Técnicas de Alhucemas y la Universidad de Granada, pone de manifiesto la importancia de la recuperación de la identidad agrícola ligada a la identidad cultural: «Lo que nos ha empujado a investigar es conocer la situación del riego tradicional y el problema que conlleva la escasez de recursos», recalca Mohamed Andalusi, presidente de la asociación ecologista AZIR de

Tengo mi tierra
la madre de todas
su hierba destella y brilla
cuando nieva sobre las montañas
Su belleza no existe
en otros rincones del mundo

El mar de Buyafa es un diamante en el cuello
se encontrará al gemelo cuando la luna esté llena
El Monte Uhadruf aguarda la contención del viento
incluso este puede apagar el fuego

Khalid Yachou (Izri)

ğari ɛamaɛ inu
lallas n timura
arbie ns itccaexicc
D waɛfar x idurar
azri ns wayadji
Mara ɛi danya
Waxa ɛakit ɛakmar
Zagmazwa ar unaga
Arabħa n Buyafar
Ayadmam deggiri
Waɛufid aqrin nex
Ura ɛi ɛaziri
Ayadrar uħadruf
ğak reewin ikessi
ğak reewin darahmaɛ
Isaxsay ɛimesi

Alhucemas, que defiende los sistemas de regadío tradicionales frente a la modernización hídrica. Mediante la elaboración de una cartografía de la red de acequias, han puesto de manifiesto la complejidad y el alto conocimiento del terreno que tiene el campesinado rifeño. «Estas son herramientas de adaptación al cambio climático que han demostrado ser sostenibles y resilientes, al menos durante 1000 años», explica el investigador. Estos sistemas de uso del agua y de gestión de los suelos generan una importante biodiversidad que es clave en la recarga de acuíferos, por tanto, cumplen toda una serie de servicios ecosistémicos más allá de la producción agrícola. Además, «mover el agua de abajo hacia arriba, recogerla en las cuencas de los ríos y, mediante trabajos de inclinación, subirla a las terrazas que construye la gente a un lado y otro del río es una obra de ingeniería tradicional muy eficiente energéticamente», subraya Andalusi.

Los cambios en los usos del agua

Jachi Jadouch recuerda cómo el agua recorría las acequias hasta regar los campos de manera abundante y sin «problema o miedo de que se acabara». La relación que tiene la gente con este recurso, añade, ha sido el motivo de riqueza y salud en la comuna montañosa de Ajdir, donde viven más de 5000 personas dispersas en fincas.

Los procesos de modernización, intensificación e industrialización, junto con el crecimiento de consumo de agua en terrenos urbanos, está cambiando los sistemas paisajísticos y la gestión tradicional del agua, con importantes consecuencias

en la zona cercana al río Nekor, que recorre 100 km al este de Alhucemas, una zona ya gravemente afectada por la construcción de una presa en 1975 que desvió agua para uso urbano.

Las irregularidades del plan de urbanismo promovido por las oligarquías marroquíes han llevado a la construcción de viviendas en zonas donde antes se infiltraba el agua, lo que ha hecho que el campesinado haya tenido que buscar agua cada vez a más profundidad, aumentando el índice de salinidad y dificultando la práctica de la agricultura.

Nos quieren limitar de acceso al agua para gestionar nuestros campos, y esto está llevando a miles de personas a huir a Europa.

1. Martín, M. (2002). *El colonialismo español en Marruecos (1860-1956)*. Club de Amigos de la Unesco.

El río Nekor. Foto: Guillermo Booth



Andalusí incide en cómo el gobierno no valora el trabajo de los que aún practican ese tipo de agricultura: «No hay subvenciones ni ayudas y quienes pueden aguantar son personas que, digamos, tienen algunos recursos de más o que lo hacen por el amor a la tierra. Otros practican la agricultura de subsistencia, es decir, cultivan lo que ellos mismos necesitan para comer». La superioridad de la mirada dualista del mundo rural que se estableció temprano en la historia agraria del país, y que se ha perpetuado hasta hoy, siempre ha opuesto lo moderno a lo tradicional, lo grande a lo pequeño, el regadío al secano.

Escasez de agua y migración

Jamal El Khatabi es vecino de Ajdir y geólogo. Los recursos con los que vivieron sus abuelos, su manera de conectar con la tierra y la necesidad de relacionarse con ella le han llevado a reconocer e identificar los mecanismos de represión y expropiación de su identidad rural por parte del Estado marroquí. «Nos quieren limitar de acceso al agua para gestionar nuestros campos, y esto está llevando a miles de personas a huir a Europa por la falta de condiciones dignas», señala El Khatabi.

Ocurre lo mismo en otras comunas del Rif, como Chakran, donde vive la joven campesina Yousra Bouzalmad. Muchas personas están siendo obligadas a abandonar sus tierras, ya que «desde la infancia piensan en migrar y esto impide

mirar el propio territorio como algo realmente productivo».

La migración rifeña, sobre todo proveniente de zonas rurales, ha crecido de manera considerable. Desde 2017 hasta hoy (octubre de 2021), han llegado a Andalucía 36 731 personas rifeñas, según APDHA (Asociación Proderechos Humanos de Andalucía) y Arrifdaily.com.² La represión, las detenciones de manifestantes en Alhucemas y la situación económico-social propiciaron no solo un aumento de las salidas en pateras de jóvenes rifeños hacia la península, sino también por primera vez, de familias enteras provenientes de zonas campesinas, según la organización Alarm Phone.³

A esto hay que añadir que el cierre de las fronteras con Melilla y Ceuta por el COVID-19 ha conllevado la asfixia económica y social de miles de familias que dependían de la venta transfronteriza de productos de primera necesidad a Marruecos, lo que ha hecho que aumente la migración a Europa de personas de las provincias de Nador y Tetuán. Más de 30 000 personas cruzaban este espacio fronterizo para ganarse un sueldo y, en su mayoría, eran mujeres que cargaban los bultos sobre sus espaldas y no en

.....
 2. Medio de comunicación independiente que trata temáticas relacionadas con la población rifeña.
 3. Red auto-rganizada para los refugiados en peligro en el mar Mediterráneo.

Una campesina descansa sobre una piedra observando el paisaje del Nekor. Foto: Mouhamed Elmoussaoui



La agricultura en el Rif contribuye a mantener la solidaridad comunitaria y a fortalecer el capital social.

carretillas porque la legislación marroquí solo permitía que las personas entraran en su territorio con lo que llevaran en su cuerpo.

«Hay pocas manos que trabajan la tierra, porque algunos ya habían muerto, otros se los ha tragado el mar, y muchos se fueron a Europa a buscarse la vida ante la falta de agua y recursos básicos», dice Jadi Jadouch con tristeza. Jamal El Khatabi añade que el Estado marroquí no hace posible una vida digna con derechos ni reconoce la cultura amazigh: «Es como si no existiéramos para ellos, de ahí que vivamos en constante rebeldía».

A todo ello, hay que sumar la ausencia de infraestructuras y servicios básicos como la educación y la sanidad en las zonas rurales: «Para poder estudiar o ir al médico tienes que desplazarte a entornos urbanos lejanos, como Tetuán, y si no puedes o no tienes la solvencia económica, te mantienes lejos de todo», recalca la joven campesina y estudiante de Derecho Yousra Bouzalmad.

Arraigo e identidad rural

A pesar de este éxodo rural, siempre hay una intención de volver. Samir Afkir, natural de Rabae Taourirt, era campesino y presidente de la Unión de cooperativas de agricultores de Alhucemas y tuvo que abandonar su actividad agrícola e irse a Tánger junto con su familia para «trabajar de camarero y poder ahorrar dinero para volver al campo». En su testimonio menciona que la gente joven debe tomar conciencia de la importancia de estar ligada a la tierra; de lo contrario, «perderá su identidad porque, precisamente, es lo que busca

el Gobierno marroquí, desligarnos de nuestras formas de gestionar el territorio».

Esa conciencia y resistencia existe. Muchas familias han decidido quedarse y luchar por su tierra. «En la cuenca del río Nekor, a la subida a Bouarma, hemos descubierto que la gente aún conserva parcelas muy pequeñas, muy diversificadas y con una gestión muy acertada y avanzada del agua. Y todos allí respetan las leyes no escritas de lo que aquí llamamos «nubath», los turnos del uso del agua y la gestión comunitaria de los campos», afirma Andalusí.

Yousra compatibiliza su actividad agrícola con los estudios de derecho. Con tan solo 22 años ya es conocedora de la tierra que la vio crecer y cultiva alimentos con esmero y dedicación junto a su madre y su hermano pequeño. Concibe el campo como una forma de vida indispensable para «estar en paz, sosiego y calma con una misma y con el territorio». De alguna manera, añade, «cuando voy a Tetuán a pasar los exámenes, pienso en el campo, en cómo estarán la tierra y los cultivos, y en mi madre». Ríe cuando se le pregunta si prefiere estar ahí o en la ciudad, y confiesa que aunque la climatología de la zona montañosa donde vive es «dura y extrema», la prefiere: «Aunque pasemos mucho frío cuando nieva en invierno y calor en verano, merece la pena ver cómo cuidamos el terreno de mis antepasados. Mi madre y yo preferimos estar aquí a pesar de que mi padre nos envíe dinero desde España para que vivamos en la ciudad y estemos cerca de los servicios básicos (educación, hospital...)».

Resistencia campesina

Trabajar la agricultura n'Thamath ('de la tierra'), como explica emocionada Jachi Jadouch, es la razón de ser de las rifeñas. «Nosotras hemos

El movimiento Hirak

El movimiento Hirak del Rif, formado en su mayoría por jóvenes, se organizaba de una manera horizontal. Cada barrio montaba su propia asamblea abierta y elegía una persona o más para transmitir las decisiones a la asamblea general, que se celebraba en un espacio público y se transmitía en streaming para que quien no podía ir pudiera seguir las discusiones del grupo. Las acciones y los discursos dependían de las novedades del movimiento y las respuestas del estado en su mayoría eran en forma de manifestaciones o concentraciones en las calles.

En mayo de 2017, tras varios meses de movilizaciones, el régimen lanzó una campaña de represión que se saldó con el arresto de más de dos mil personas. Los principales líderes del Hirak, como Nâser Zefzafi, fueron condenados por «sedición» a largas penas de hasta 20 años de cárcel.

Desde entonces, la diáspora rifeña desempeña un papel importantísimo en la continuación del movimiento, presionando a las instituciones europeas que apoyan a Marruecos. Primero, por la libertad de los activistas detenidos y, segundo, para reconocer el estatus de refugiada a la población exiliada rifeña, algo que han podido lograr en España, Francia, Bélgica, Alemania y Holanda.

estado siempre ahí, conservando la memoria de nuestros antepasados, gestionando el agua de forma eficiente, cultivando y transformando los alimentos y cuidando de los animales y de nuestros mayores».

Elas son las encargadas de la transmisión de la memoria oral a través de los izran,⁴ que marcan «nuestra identidad», subraya la octogenaria campesina mientras canta un par de ellos durante la entrevista.

Que la agricultura propia consiga alimentar a la población se considera un ejercicio de la soberanía nacional en el Rif. Mujeres como Jachi Jadouch acumularon conocimiento y experiencia en áreas estratégicas para la promoción de la soberanía alimentaria. Aunque su conocimiento y su importancia como sujetos políticos son poco valorados y reconocidos, dos generaciones después, vemos que Yousra quiere seguir conservando los valores ligados al Rif, como el thwiza (dinámica del tomapeón), el modo de compartir el trabajo campesino. La agricultura en el Rif contribuye a mantener la solidaridad comunitaria y a fortalecer el capital social. «Adaptar las condiciones climatológicas y recuperar la memoria de los frutos que siempre se han dado, como el almendro, el olivo, la vid y la higuera, es lo que nos permite quedarnos aquí

porque es lo que históricamente funcionó», concluye la joven.

La importancia de la conservación de la identidad rural, la defensa del territorio y la lengua es en lo que coinciden todas las personas entrevistadas, preocupadas por el futuro del Rif. «Si queremos conservar nuestra identidad, los rifeños tenemos que gestionar nuestro propio territorio, porque, de no ser así, no doy más de 50 años para que nuestra lengua se pierda. Por eso es importante organizarnos y fijar estrategias porque no podemos consentir la pérdida de terreno y la expropiación de nuestra cultura», concluye El Khatabi. ●

Amal El Mohammadiane Tarbift

Periodista e investigadora
en comunicación social

AbdelMouhsine El Farissi

Sociólogo y periodista



Este artículo cuenta con el apoyo
de la Fundación Rosa Luxemburgo

4. Versos cantados de tradición oral en El Rif. En su mayoría, las mujeres han sido las portadoras de esta tradición musical.

Isa Álvarez Vispo y Ángel Calle Collado

NUEVOS PARADIGMAS PARA LOS RETOS DEL MEDIO RURAL

El medio rural respira de manera entrecortada. No se acuerda de lo que es respirar hondo, con aire limpio y mirando horizontes despejados e ilusionantes. El siglo xx fue el tiempo del abandono masivo; también el del surgimiento de paradigmas de la sociología o del desarrollo rural, que situaban el campo junto a las nociones de «atraso», «subdesarrollo» y «falta de innovación». Urge repensar estos espacios más allá de la repoblación.

Quedaron atrás las visiones del mundo rural preocupadas por la reposición de la fertilidad, las estrategias cooperativas o el sostenimiento de conocimientos muy ligados al territorio. Y ya en el siglo xxi parece que nos adentramos en el tiempo del despojo de lo poco que queda. Y, a pesar de las voces críticas y de los retos que dicen asumir los gobiernos, lo «rural» sigue siendo una «cosa» que hay que movilizar en función de los intereses de ciudades cada vez más globalizadas.

En el Estado español, en torno al 80 % de la población vive en el 20 % del territorio, concentrando demanda y consumo en ciertos puntos. Esto nos ha conducido a una desigualdad manifiesta a nivel territorial. Unas comunidades autónomas demandan, mientras que otras se tratan como bancos de recursos, desde los campos y mares que nos proveen de alimentos hasta las tierras codiciadas por sus minerales y productos del subsuelo. Con este panorama, se hacen necesarios el análisis y las posibles soluciones, hay que ir más allá de la repoblación de esos espacios que se han bautizado como «vacíos» o vaciados. La urgencia pasa por repensar territorios en un marco de emergencia climática y social, desde premisas que enreden y generen lazos, que nos saquen de las casillas y compartimentos artificiales en los que nos colocan las burocracias administrativas y, sobre todo, que miren al territorio

como un bien común que hay que cuidar y preservar, no como el espacio a expoliar.

La foto integral y compartida del problema

Pero ¿hacia dónde van las políticas públicas? En un momento en el que se cuenta con un Gobierno que se puede entender como cercano a muchas de nuestras inquietudes, ¿existen estrategias que nazcan desde la caracterización de lo rural como diverso y no como «una cosa»? ¿En qué medida se promoverá un posdesarrollo endógeno ante los previsibles colapsos materiales y energéticos del capitalismo global? ¿Y qué decir desde una óptica más interseccional a la que, frente a fenómenos de exclusión y desempleo en zonas rurales, se unen una migración con escasez de derechos, una creciente jornalización y una manifiesta masculinización asociada a privilegios patriarcales?

La respuesta rápida es que es difícil encontrar en las instituciones la foto integral y compartida que se necesita del problema para colocar medidas conjuntas con una perspectiva estratégica que nos lleve a una transformación real. Se han sacado titulares con la despoblación y la necesidad de la vuelta a los pueblos, pero esto únicamente se vincula a medidas en pro de la digitalización y no tanto para formar a futuros



Mapy y Juan, de Sabor Trashumante, sexta generación de trashumantes en Fortanete, Teruel. Foto: Biela y Tierra

campesinos y campesinas. Se busca crear pueblos *coworking* digitalizados, cuando lo que necesitamos es que quienes vuelvan a los pueblos miren a los ojos de quienes se quedaron y los mantuvieron vivos, y de que los escuchen. No se trata de decir no a estar conectadas con el mundo, sino de colocar en orden las prioridades necesarias en un momento en que la tierra está diciendo basta.

En ese decir basta, y a pesar de los muchos avisos que ya se vienen dando desde hace años, el desafío energético parece haber aflorado de repente. Frente a esto, en lugar de hacer una lectura de modelo, la respuesta —tanto de Europa con los fondos llamados Next Generation como del territorio español— es la de mirar a los pueblos como el espacio pendiente de invasión, una invasión en nombre de las energías renovables y con el dinero de todas. Es lo que algunas llaman la «colonización energética», porque sirve a intereses de ciertos territorios y sobre todo a la urbanización y el modelo de producción que nos ha traído hasta aquí.

Pintar la superficie de verde

Mientras tanto, se nos habla de economías circulares y consumos sostenibles. Se coloca el foco en las personas consumidoras para que cambien y «mejoren» sus hábitos. Se habla de la importancia de alimentarse de forma saludable, mientras

se abren establecimientos de comida rápida y se cambian los paisajes de pueblos y ciudades en las que solo van quedando los neones de grandes marcas mientras se apagan las luces de los mercados y los pequeños comercios. En este caminar, la elección de cómo nos alimentamos es cada vez más dirigida y condicionada, no solo por los recursos monetarios para acceder al mercado (cada vez más precarios), sino por la falta de espacios donde conseguir alimentos que de verdad nutran y no solo meros productos comestibles. Como parches, se piensan etiquetas y semáforos poco clarificadores y que perpetúan el beneficio de las grandes industrias.

Los retos demográficos parecen pasar también por un incremento de las «movilidades». Pero vemos que, en muchos casos, se orientan más a la creación de infraestructuras que supongan ahondar en el saqueo de recursos y en la hemorragia migratoria. Y, en medio de todo esto, el empleo es el mantra con el que se justifican todo tipo de acciones. La gran mayoría de todos estos mensajes se producen por y para territorios asfaltados. En el medio rural, la movilidad supone tener y mantener un autobús con el que llegar al ambulatorio de zona, el consumo local pasa por que el panadero que viene todos los días por las aldeas no se jubile sin relevo o por que quienes quieren empezar un proyecto agroecológico sean tomados

en cuenta y puedan tener acceso a la tierra. Pero esto hoy en día no sale en los grandes titulares ni en las medidas estrella. Cuando se habla del medio rural, en la mayoría de los casos, se alimenta la nostalgia en lugar de imaginar el futuro.

Toca afrontar los desafíos desde nuevos paradigmas que, frente a la destrucción y la desposesión, generen cooperación entre las personas y los territorios, porque hay demasiados mensajes que llaman al enfrentamiento y al odio envueltos en banderas de defensa de «lo que es nuestro». Toca entender que no es de nadie, que estamos aquí de paso como meras gestoras de lo común. En momentos pandémicos, que deberían haber servido para la reflexión, las políticas han ido a reforzar un modelo destructor y a visibilizar lo ya visible mientras se enterraba en la invisibilidad todo lo que buscaba transformarlo. Así, por ejemplo, en lo alimentario se nos puso en filas hacia los centros comerciales mientras se cerraban los mercados de productores y productoras. Cuando muchas no podían acceder a sus huertos de autoconsumo, se buscaba la fórmula de que a las grandes producciones no les faltase mano de obra a costa incluso de los derechos más básicos de muchas personas jornaleras. La esencialidad entró en disputa y se vinculó al capital, no a la vida.

El reto de la cooperación y el desarrollo endógeno

Los retos a los que nos enfrentamos no son en el medio rural, sino como sociedad y como especie. Mantener un medio rural vivo no es «cosa de los pueblos», es responsabilidad de todas y debería ser un eje transversal en todos los ámbitos de política pública, no un apéndice o un reducto en los documentos y acciones.

Mientras tanto, muchas siguen con los pies y las manos en la tierra. Ahí están los proyectos agroecológicos, las mujeres que se organizan cansadas de ser vistas como vasijas o «ayuda familiar», las personas jóvenes que no ven forma de acceder a la tierra, aquellas con pocos recursos y cansadas de limosnas de los bancos de alimentos, las comunidades energéticas que buscan ser alternativa, las jornaleras cansadas de no tener derechos y ser invisibles o los mercados de productoras que pelean cada día por su continuidad. Todas esperan que las políticas las miren, pero no están paradas. Están articuladas, empezando proyectos, buscándose en el apoyo mutuo y en las pocas brechas que lo institucional les va dejando.

Se busca crear pueblos *coworking* digitalizados, cuando lo que necesitamos es que quienes vuelvan a los pueblos miren a los ojos de quienes se quedaron.

Un gran reto es entender desde la cooperación, tejer desde lo urbano y lo rural pero juntas. Muchas personas, colectivos y proyectos ya lo han asumido; pero, igualmente, las políticas necesitan dialogar entre ellas en medio de marañas de competencias y compartimentos. Son necesarias miradas amplias a escala territorial, que introduzcan políticas desde y para biorregiones, de manera que la relocalización económica contribuya a fortalecer desarrollos endógenos en el medio rural. De otra forma, por mucho decorado verde que se construya, las acciones y las inversiones nos dirigen hacia una vida fosilizada, profundizando cada vez más en el agujero de crisis ecosocial en el que nos encontramos. ●

Isa Álvarez Vispo

Coordinación Baladre y Área de agroecología de Ecologistas en Acción

Ángel Calle Collado

Agricultor e investigador sobre bienes comunes y agroecología política

Pueblos en Movimiento

Pueblos en Movimiento

UNA INICIATIVA ANDALUZA POR LA CONSTRUCCIÓN DE UNA IDENTIDAD RURAL COLECTIVA

¿Existe una identidad rural? ¿Qué significa ser de pueblo? ¿Cómo mantenernos vivos? Estas son algunas de las preguntas que sirvieron como detonante para el nacimiento de Pueblos en Movimiento (PEM), una red de organizaciones, pueblos y personas de diversos ámbitos, que tejen conjuntamente para afrontar las cuestiones que afectan a nuestros pueblos y articular soluciones, pero siempre desde sí mismos.

En invierno de 2017 cuando algunos intereses compartidos reunieron a un grupo de jóvenes en un pequeño pueblo de la provincia de Málaga. Ya son cuatro los años de trabajo para dar visibilidad a los pueblos, debatir sobre su problemática y acordar soluciones desde la propia ruralidad, en definitiva, por mantener un mundo rural vivo y orgulloso de serlo.

Mantener los pueblos vivos, recuperar la dignidad del ser rural, afrontar los debates sobre qué significa hoy en día ser de pueblo e incorporar los discursos del feminismo y los principios de la ecología son los objetivos que subyacen bajo la construcción de esa identidad rural colectiva.

Reconstruir la cosmovisión rural

Para construir (y deconstruir) qué ha sido, es y debería ser la vida en los pueblos surgió el I Foro Pueblos en Movimiento, configurado como un espacio constructivo de debate sobre la identidad rural en el que participaron más de 150 personas de ámbitos muy diversos y que tuvo lugar en

Cuevas del Becerro, en 2018. A esta primera experiencia le siguió el II Foro, esta vez en Benalaurría, pequeño pueblo del Valle del Genal, un año después.

Si en el primero de los foros nos movía la necesidad de dar voz a los pueblos, poco a poco esa necesidad fue transformándose hasta dar lugar a acciones, a la creación y puesta en marcha de estrategias para actuar desde los pueblos. Pueblos en Movimiento no deja de ser un espacio de luchas por reconstruir una cosmovisión que no puede entenderse sin los saberes populares, sin la diversidad, la ecología y las mujeres.

La identidad rural no puede entenderse sin feminismo, y ello pasa por un proceso de dignificación del trabajo de la mujer en el campo y por un reconocimiento de su papel como guardadora de los saberes de los pueblos. Visibilizar el papel tanto histórico como actual de la mujer para incorporar el feminismo y sus paradigmas desde la mirada rural y su compromiso en las luchas para derribar privilegios es una de las tareas de



II Foro de Pueblos en Movimiento. Benalaurría, enero de 2019. Foto: Pueblos en Movimiento

PEM. Asimismo, ellas son la inspiración alrededor de la cual debe construirse la identidad rural, porque nadie como las mujeres sabe vivir poniendo la vida en el centro.

Es imprescindible mirar desde el pluriverso en que se constituyen los pueblos andaluces. Las personas trabajadoras extranjeras de diversos orígenes y las que deciden quedarse a vivir en nuestros pueblos tienen mucho que decir sobre la identidad rural, que en ningún caso puede construirse sin ellas. Además de enriquecer el universo rural, desempeñan un papel protagónico en la lucha por los derechos laborales. En un territorio construido sobre el latifundio y la explotación de recursos y personas para exportar productos a otros países ricos, que nos mantienen como los empobrecidos del Estado, conseguir condiciones laborales dignas es parte del camino hacia la identidad rural.

La conexión con el ecosistema

La mirada ecosistémica es otra de las bases de nuestro trabajo. La ecología, aun siendo un pilar básico y originario de la cosmovisión rural, se ha ido difuminando a lo largo de los últimos años en favor de valores economicistas como la productividad o la inmediatez. El mayor ejemplo de ello es la asimilación de la agricultura industrial o de la ganadería intensiva. Por suerte, están surgiendo corrientes de cambio. Estamos en pleno período de «neoclasicismo rural», que, como en el arte, nos invita a mirar, aprender y recuperar la forma de estar en el mundo que tenían nuestras abuelas

y abuelos. Y es que en los pueblos no hace falta instaurar consciencia ecológica o ecosistémica, nos basta con recuperarla, porque ya estaba, lo que ocurre es que nos hicieron creer que no era lo suficientemente productiva, lo suficientemente moderna.

La ruralidad es el resquicio indígena que nos queda, la conexión más cercana y más efectiva con el ecosistema. Somos quienes convivimos con los recursos naturales, quienes moldeamos los paisajes, quienes preservamos las culturas diferentes que nos enriquecen como sociedad. El éxodo de la ciudad al campo es ya una realidad que se intuye y responde a la necesidad de reconectar con la naturaleza, con lo que somos. Los pueblos, sus gentes y saberes son la resiliencia indispensable para hacer frente a los peligros que acechan nuestras vidas: el cambio climático, la crisis de la biodiversidad, la escasez de agua y el agotamiento de los recursos naturales.

Más allá de los foros, que se configuran como el encuentro anual en el que todos y todas convergemos, la red ha ido ramificándose en otras alternativas a lo largo de sus casi cuatro años de vida. Es común encontrar una representación de PEM en eventos culturales de los municipios o implicaciones en proyectos educativos para recuperar y revalorizar la identidad rural y los saberes del campo en los centros educativos. También se celebran encuentros ambulantes en diversos pueblos donde se aúnan fuerzas con actividades y organizaciones con objetivos e ideas afines.



II Foro de Pueblos en Movimiento. Benalauría, enero de 2019. Foto: Pueblos en Movimiento.

Hoy en día participan en este movimiento numerosos municipios de la Alpujarra almeriense, del interior de las provincias de Málaga, Cádiz y Sevilla, entre otros muchos. La red de PEM crece año a año, con cada actividad, con cada foro. Una adhesión que no se ha producido con base en nada más que el sentir y ser de pueblo.

Queda mucho por hacer

Devolver la dignidad al mundo rural y acabar con el lastre de negatividad que le ha sido impuesto en las últimas décadas es un trabajo fundamental para nuestro movimiento. La infravaloración de la ruralidad, del «ser de pueblo», de nuestras hablas, nuestras costumbres, del trabajo en el campo que alimenta la vida..., todo ello ha pasado a la cara B de la «línea abisal» o, como bien define la construcción de las identidades de Boaventura de Sousa, a «aquel espectro reservado a las personas y saberes considerados como inferiores», a los que no están lo suficientemente desarrollados o no son lo suficientemente modernos.

Pero los pueblos, sus gentes, sus mujeres, con sus costumbres y saberes, estamos cansados de esa infravaloración, de ese cuasi desprecio, de la mirada por encima del hombro desde lo urbano, de las personas que se creen abanderadas de la modernidad como si fuera la opción única, cuando, además, ser moderno no es más que ser volátil, efímero, dependiente, vacío.

Los pueblos no solo son costumbres, son fundamentalmente saberes. La sabiduría de la vida humana nace y se salvaguarda en ellos. Pregunten en las ciudades por las semillas, los ciclos de la tierra y las siembras, ¿sabrían responder? Sin embargo, necesitan alimentarse. Pregunten en la ciudad por dónde discurre el agua más limpia, más clara y más fresca, ¿lo sabrían? Y, sin embargo, necesitan del agua cada día. Pregunten por los relatos, las historias, los mitos que construyen nuestra cosmovisión comunitaria, y verán que la mayoría de las gentes de lo urbano las desconocen o las han olvidado. Pregunten de dónde sale el hilo que teje nuestras ropas, a qué huele el frío, la tierra mojada, los naranjos, el jazmín y la dama de noche que pretenden imitar nuestros perfumes; pregúntenles por la oscuridad y el silencio que el descanso requiere... Pregunten cualquier cosa que construya la vida, que obtendrán pocas respuestas.

Para la modernidad y el progreso, la apuesta es conquistar el futuro y camina en trayectoria lineal; pero la vida y la naturaleza son procesos circulares. Por ello, el pasado y la memoria son más importantes que el futuro, son lo que nos permite ser y a lo que siempre volverá la vida, que solo funciona moviéndose en círculos. El futuro solo será certero si se tiene en cuenta la experiencia del conocimiento, de las sabidurías y los aprendizajes que conforman nuestra mochila. Y esa mochila la guardan los pueblos.

Pueblos en Movimiento seguirá trabajando por que se valore lo rural, por seguir construyendo esa identidad que nos une, por conservar y transmitir nuestra cosmovisión y nuestros saberes, por la construcción de sociedades más feministas y ecológicas. Eso sí, continuaremos haciéndolo, como siempre, desde los propios pueblos y sus gentes, desarrollando propósitos de futuro hacia los que caminar juntos, pero en un camino construido colectivamente.

El trayecto sigue y la próxima parada es el IV Foro, después de un tercero en versión virtual por la pandemia. Se celebrará el sábado 13 de noviembre en el precioso municipio de Almócita, en la Alpujarra almeriense. Allí estaremos debatiendo, construyendo y en las luchas, orgullosos de ser de pueblo, pero conscientes de lo mucho que nos queda por hacer. ●

Pueblos en Movimiento



DE UN VISTAZO Y MUCHAS ARISTAS

Revista SABC

«Si solo existiera una identidad rural, estaría muy manipulada»

CONVERSATORIO

Conversamos sobre identidad rural intentando delimitarla, revisando su evolución en el tiempo y preguntándonos si se está reconfigurando para erigirse en una aliada clave en la construcción de una nueva ruralidad poscapitalista.

PARTICIPANTES

Lucía Muñoz Lucena: Soy de Aguilar de la Frontera (Córdoba), pero actualmente vivo en Málaga. Soy periodista, integrante de la productora Entre Fronteras y cofundadora de La Poderío. La Poderío surge por un tema de identidad, porque no nos vemos reflejadas en los medios de comunicación ni como mujeres ni como andaluzas o habitantes de Andalucía y, sobre todo, al considerar la importancia de los medios en la transformación social.

Guillermo Arregui Portillo: Yo he sido de pueblo siempre, pero de diferentes pueblos en diferentes regiones, articulando identidades, que es como creo que funcionamos. Y, como cualquier persona de pueblo, me educaron para irme. Llegué a Madrid

con la carrera de Sociología recién terminada y después de un tiempo me di cuenta de que quería volver al pueblo. Ahora trabajo como guía de turismo y de montaña en Cangas de Onís (Asturias).

Guille Jové Alcalde: Soy profesor de secundaria y también tengo un proyecto de cantautor. Participo en este diálogo como representante del Grupo de Estudios Castellanos Abrigaño, creado recientemente para generar un poco de teoría respecto a Castilla, cuya identidad como territorio está muy desdibujada. Trabajamos desde las teorías del pensamiento descolonial e investigamos qué puede aportar a una región que se ha visto más como conquistadora que como conquistada.

En un momento como este, de globalización, deslocalización y redes sociales, ¿cuán importante es la relación con el territorio en el concepto de identidad?

Lucía: Cuando hablamos de territorialidad, nos referimos a un sentimiento de pertenencia que nos marca en los gustos, en la memoria compartida y en las relaciones, porque somos seres sociales y sociables, aunque a la vez vamos

incorporando todo lo que nos rodea. En mi pueblo nos une la comida, las fiestas del pueblo... Son cosas que te van marcando como lo que eres. Yo no me puedo sentir castellana porque lo que me rodea es al-Ándalus y tengo esa cultura. Noto que se nos ha impuesto la identidad castellana y me crispera un poco que se haya silenciado la forma en la que se hizo.

Guille: En Abrigaño reconocemos todas las identidades que ha habido desde la perspectiva de



Lucía Muñoz

la teoría descolonial y se ve todo diferente, como esto que cuenta Lucía. En nuestro grupo de estudios, el territorio es clave porque trabajamos una visión ecosistémica de la identidad, que se forja en tanto en cuanto te desenvuelves en un territorio determinado. Tus tradiciones tienen que ver con lo que cultivas, que viene determinado por el tipo de clima y de suelo; tus canciones dependen de si el cuero sonaba de una manera o de otra (si había ovejas o vacas); de si por allí pasaron los árabes o es una zona transfronteriza. Es muy interesante. A partir de esta mirada, abandonamos el concepto de provincias y aterrizamos en las comarcas, que son los espacios que dialogan con el territorio, que generan las identidades más naturales y que acogen todo lo que en ellas acontece: la vida social, económica...

Guillermo: Efectivamente, la comarca es lo más cercano al ámbito vital, agronómico, gastronómico, de hablas... Y es mucho más amable, menos exclusivista y excluyente. En la parte que rodea Picos de Europa —Asturias, Cantabria, León— hay una forma de vida que tiene puntos en común con otras zonas de montaña como los Alpes, Gales o la sierra de Aracena. Una de las características de la idea de nación es cierta exclusividad y creo

que hoy son más interesantes las identidades mixtas y los puntos de contacto entre diferentes identidades.

«Identidad rural» es un concepto complejo, provocador. Para no correr el peligro de idealizarlo, ¿hay que nombrarlo en plural? ¿Qué es lo primero que pensasteis cuando os propusimos hablar sobre esto?

Guillermo: Yo pensé que es un tema espinoso y con tantas oportunidades como amenazas. *Identidad* para mí es quien eres, las coordenadas básicas que articulan nuestro ser y nos identifican respecto a otra gente; la pertenencia, que se construye en gran manera en la infancia. Una individualidad que al mismo tiempo es compartida con otras personas. No tengo muchas respuestas, sino constantes preguntas; pero no me cabe ninguna duda de que debe ser en plural.

Lucía: Sí, igual que hay que hablar de feminismos. Es muy bonito tener un tronco común, pero de ese tronco salen muchas ramas que conforman ese árbol que florece y da vida. Y lo que da vida es la diversidad, los matices, el diálogo, irnos conociendo según los contextos... Pero creo que

hay que darle una vuelta a qué es ser rural y, por contraposición, habría que definir la identidad urbana. Parece que la ciudad fuera algo menos cercano, menos sentido, pero en las ciudades también hay redes y pequeños espacios de pertenencia, los barrios. Hay que tener en cuenta que se ha ridiculizado a quien era de pueblo, lo que ha podido generar un desapego forzado de tu territorio y, paradójicamente, ahora se romantiza lo rural y el pueblo. Hay que prestarle atención a cómo ambas tendencias influyen en las identidades rurales.

Guille: Si solo existiera una identidad rural, estaría muy manipulada. Ha quedado una imagen rancia, residual, que han construido quienes han podido quedarse en el pueblo, y creo que habría que deconstruirla. De todas formas, no termino de ver esas «identidades rurales». Yo no tendría claro si tengo identidad rural o urbana o una mezcla... La gente que emigró a las ciudades para trabajar en fábricas, ¿perdió la identidad rural? Sus hijos, que vuelven al pueblo en verano, ¿son urbanitas? En muchos pueblos no existe una identidad rural, sino urbana, porque su vida gira alrededor de lo que pasa en la ciudad. Yo he dado clase en pueblos pequeños y los chavales decían que la última vez que habían estado en el campo era en el Sonorama, que es un festival de música en Aranda de Duero (eso era el campo para ellos). La

identidad rural está muy desdibujada, se ha roto tanto esa cadena de transmisión y lo que queda es poco atractivo, son caricaturas.

¿Pensáis que la identidad rural es un elemento que hay que politizar? ¿Tiene capacidad para interpelar políticamente a la sociedad y a los valores impuestos más allá del eje izquierda-derecha?

Guille: Yo creo que se puede y se debe politizar, porque todas las ideas de lo rural ya han sido politizadas a lo largo de la historia. En *Vidas a la intemperie*, Marc Badal incluye frases de Onésimo Redondo, en los inicios de Falange, y, si me dices que las firmamos algunos de nosotros, te lo compro. La ciudad era el elemento demonizador que rompía con las tradiciones y los saberes populares, había una guerra contra la modernidad. No nos ha de extrañar que ahora la extrema derecha lo quiera retomar. Muchas de las personas que hemos vuelto la mirada hacia lo rural lo hemos hecho atraídas por la relación entre lo rural y lo campesino. Es algo que ha quedado como el último reducto de prácticas que nos permiten ver que hay algo diferente a lo que se hace en las ciudades y al capitalismo imperante, y hay que sacar esas prácticas de la guerra partidista que tanto interesa a los grandes partidos y llevarlas



Guillermo Arregui

Lo rural siempre ha sido versátil, diverso, los campesinos siempre han tenido diferentes ocupaciones, incluso según la época del año.

a la de las ideas. Construir la identidad rural en torno a esos elementos que mucha gente considera necesarios es muy importante, independientemente de lo que luego vote tu vecina. La supervivencia de lo rural debe estar ligada a lo que sea necesario y útil. Es un territorio en disputa y creo que es la primera vez en la historia que estamos debatiendo desde la izquierda sobre las posibilidades que tenemos de pelear por lo rural. Esto hasta hace poco no se lo planteaba nadie.

Guillermo: ¿Y cómo puede ser tan fácil colonizar la identidad rural? La respuesta está en parte en la pregunta: ¿quién se queda en los pueblos? Cuando personalizas los relatos del éxodo rural, te das cuenta de que se fue primero la gente a la que se le había hecho un vacío social por sus ideas y no tenía jornales. Y para las mujeres hay mucho menos espacio. En el rural la estructura social se presenta con mayor crudeza y, en ese sentido, la ciudad supone una liberación, un territorio con más densidad que permite otras redes sociales. En el pueblo hay lo que hay, los que somos nos tenemos que entender; limamos esas asperezas, las relativizamos en pro de las acciones colectivas. Ser más participativos, inclusivos, respetuosos, eso es lo que nos tiene que definir..., pero es algo que ya trasciende la diferencia entre lo rural y lo urbano, y debe conectar con otros ámbitos. Las tradiciones y fiestas en los pueblos, donde reside la vitalidad de lo colectivo, están siendo muy manipuladas. La caza y lo taurino son buenos ejemplos de ello.

¿Qué podemos hacer para evitar que lo rural sea manipulado por una ideología política e incluso partidista?

Guille: La identidad tiene que expresarse, es libre, tú eres de allí donde habitas y de donde te sientes, sin exclusividades, y esto conecta con lo que antes decía Guillermo, con los nacionalismos. Introducir que quien habita un territorio es quien forma parte de él elimina la componente excluyente. Ahora mismo quien habita en muchos municipios rurales ni siquiera son personas nacidas en España. ¿Quién va entonces a construir la identidad rural del futuro? Personas que *a priori* ni eran del pueblo. En institutos rurales con un 40 % de alumnado inmigrante, me di cuenta de que la convivencia real y la permeabilidad entre población migrante y del lugar se está dando en los pueblos, donde no hay colegios concertados. Hay que espabilar, desarrollar más teoría y práctica, huir de la romantización y generar oportunidades para estos territorios basadas en lo que existe y que rompan con las lógicas que ha habido hasta ahora.

Guillermo: Precisamente para mí esa es la clave, en un pueblo se da más fácilmente que en la ciudad este contacto entre estructura social y emoción. Hay que aprovechar eso para aumentar la capacidad de acción conjunta. En los pueblos es más complicado que en la ciudad conseguir una masa crítica, pero se desvelan esas paradojas o contradicciones y hay que visibilizarlas. Por otro lado, la identidad rural se tiene que apoyar en lo urbano —que lo invade todo— y tiene que haber alianzas, nuevas confluencias; la identidad rural debe ser plural, pero con un mínimo común múltiplo que la pueda convertir en algo activo, político, capaz de ser propositivo. Si no, no podrá ocupar un espacio.

Lucía: Para mí, en todo lo que estáis diciendo es muy importante un medio de comunicación local que visibilice todas estas «contradicciones», que hable de las relaciones en los pueblos, con el territorio y de oportunidades económicas que liberen de ciertas dependencias. Si no existen, nos sentimos olvidadas y es más fácil llegar y convencer con discursos emocionales. La clave está en las políticas locales, la cercanía, las relaciones, en la educación en todos los ámbitos. Me llama la atención que haya jóvenes que no sepan lo que es la Desbandá. ¿Cómo puedes no saber algo que le pasó a tu abuela? Ese desconocimiento hace que sea muy fácil convencernos y llevarnos a otra forma de pensar.

Veamos la foto positiva de la actualidad: existe la movilización de la España vaciada, pero también contra los macroproyectos, que es básicamente rural y de defensa y revalorización del territorio, contra poderes económicos y que rompe estereotipos sobre el conformismo y falta de organización de los pueblos. Además, vivimos un auge de expresiones culturales que surgen desde lo rural y desde lo identitario. ¿La identidad rural puede ser una estrategia política para luchar contra el capitalismo?

Lucía: Desde La Podería sí que percibimos que han salido muchas ilustradoras feministas andaluzas, grupos de música, de debate... Estamos en una ola de andalucismo y creo que es una respuesta contra la centralización de los medios y de la sociedad. Hemos decidido construir nosotras el relato para reivindicarnos en identidades múltiples, pero desde Andalucía. Y, sí, creo que esta tendencia se puede ver también en otros territorios.

Guille: Es verdad que hay un *boom* cultural interesantísimo y creo que va a recuperar muchas cosas que se habían perdido. Y sobre ese enfrentamiento a los macroproyectos, creo que es el paso clave para politizar el medio rural, reforzar la comunidad, defender el territorio que debe ser permeable a muchos ámbitos. Y esto debe ir más allá de los pueblos: si defiendes el territorio aquí, lo defiendes en todas partes. En Abrigaño trabajamos a partir de la idea de que sobran viñas, sobra trigo, sobran molinos, sobran macrogranjas, porque estos monocultivos lo que hacen es reforzar el caciquismo y las lógicas de instrumentalización económica del medio rural. La ordenación del territorio, que es algo básico que ha hecho cualquier comunidad desde que el mundo es mundo, ahora la decide el gran capital. Esta politización nos hace levantarnos y enfrentarnos a multinacionales, nos lleva a pensar qué queremos hacer con el territorio, decidirlo juntos, es fundamental. La soberanía entendida como la capacidad de decidir no excluye a nadie, ni a quien teletrabaja ni al terrateniente. Todo depende de que seamos capaces de construir unas relaciones económicas diferentes, porque ahora todo está subyugado a lo que el capitalismo quiere que produzcamos. Politizar el medio rural tiene que pasar por romper con esa lógica mercantilista.



Guille Jové

Guillermo: Sí, lo que hay que construir es más autonomía y reconocernos unos a otros, establecer qué es lo que compartimos y generar una empatía que pueda ayudar a los grupos pequeños a plantear oposiciones. La forma de gestión de los recursos colectivos debe partir de lo pequeño a lo grande y no al revés. Gestión territorial es la palabra. Aquí el monocultivo del turismo simplifica mucho las relaciones, hace a la gente dependiente; durante cuatro meses al año no puedes contar con nadie, hay muchas actividades paralizadas. Lo rural siempre ha sido versátil, diverso, los campesinos siempre han tenido diferentes ocupaciones, incluso según la época del año. La capacidad de hacer en conjunto y respetar diferencias deberían ser nuestras señas de identidad, es lo que tenemos que defender. La alimentación diversificada para articular identidades y territorios es un tema principal porque implica gestión, relación y distribución y supone mucho potencial en empleos y en generar lazos. Así se articularon toda la vida las comarcas, con intercambios y cooperación. Eterno este debate. ●

POLÍTICAS AGROALIMENTARIAS Y PERSPECTIVA FEMINISTA

APUNTES DESDE VALÈNCIA

Desde el Pacto de Milán (2015) son cada vez más las ciudades que han elaborado su Estrategia Agroalimentaria Municipal (EAM), entre ellas València, que la aprobó en 2018. Compartimos algunas pinceladas de nuestro trabajo de investigación y revisión feminista de esta estrategia con ánimo de que estos avances en la transformación del sistema agroalimentario transformen también las desigualdades de género.

Los sistemas agroalimentarios son muy complejos, están compuestos por diferentes eslabones interconectados que se encuentran atravesados por importantes desigualdades de género (también de origen, racialización o edad). Nos parece importante profundizar en estas desigualdades, ya que no siempre han sido suficientemente atendidas en las EAM. Esto significa partir de la cuestión de quién, cómo y dónde produce los alimentos y quién, cómo y dónde asume el trabajo y la responsabilidad de alimentar.

El vínculo alimentación-cuidados

El marco de la economía feminista y de democratización de los cuidados¹ nos ha permitido prestar atención al vínculo entre alimentación y cuidados. Mientras que el pensamiento económico dominante identifica el trabajo y lo económico con lo productivo, visible y remunerado, la economía feminista reivindica el trabajo invisible, absolutamente necesario para la vida, relacionado con los cuidados, y también visibiliza quién y cómo lo lleva a cabo, planteando propuestas de reconocimiento y redistribución.

Pero este planteamiento va un paso más allá y habla de socializar la responsabilidad en la provisión de cuidados, tanto en el interior de las familias o unidades de convivencia como a través del ámbito comunitario, de las administraciones públicas y del sector privado. En paralelo, plantea, como cuestión transversal, la necesidad de que la valoración social de los cuidados se entrelace con el reparto del trabajo y la responsabilidad individual, colectiva, pública y privada del cuidado.

Socializar los cuidados significa transferir su responsabilidad como algo exclusivo del ámbito intrafamiliar al ámbito suprafamiliar, sin perder de vista que debe ir de la mano de la corresponsabilidad, pero entendiendo que hay situaciones en las que esto no es posible o no es suficiente (como familias monomarentales o con cargas muy elevadas de cuidado y escasos recursos económicos). Implica también definir las medidas para alcanzar la socialización en diferentes ámbitos: comunitario, público, privado, social. Se trata, por tanto, de construir formas públicas de respuesta a las necesidades de cuidado, pero también de facilitar y favorecer la dimensión comunitaria, las redes afectivas y de apoyo mutuo.

Corresponsabilidad

A lo largo de la investigación, tanto en el análisis de los eslabones vinculados a la producción

Esquema de los ejes propuestos en el estudio



y distribución como en los de la alimentación, la división sexual del trabajo, el peso de la organización social de los cuidados y la falta de reparto de estos trabajos fueron una constante que aparecía con diferente énfasis en los discursos de mujeres de edades, clases, orígenes e ideologías diversas. En el caso de la alimentación, resulta especialmente relevante atender a estas cuestiones, teniendo en cuenta, sobre todo, que una alimentación más saludable y sostenible puede requerir más tiempo, recursos y conocimientos asociados a su práctica. Por tanto, conviene pensar no solo en la estrategia para lograr esta alimentación, sino en los mecanismos que facilitan la corresponsabilidad y la socialización de los cuidados en diferentes ámbitos, de forma que los tiempos y las responsabilidades de esta alimentación no los asuman, una vez más, las mujeres a expensas de su propio tiempo.

En el caso de la alimentación, es importante prestar atención a la influencia de los diferentes discursos sobre lo saludable. En este sentido, cabe remarcar que en las decisiones personales vinculadas al tipo de alimentación, no se pueden

obviar las condiciones económicas y materiales, así como el acceso a determinados recursos alimentarios o el peso y el rol de la agroindustria. Entonces, la responsabilidad sobre la elección de las formas de alimentación no debería que recaer exclusivamente en las decisiones individuales. El papel de las políticas públicas alimentarias es decisivo para atender y visibilizar el cruce entre salud y nivel de renta, y para favorecer el acceso a una alimentación saludable y sostenible para todas las personas.

Otra cuestión que ha resultado clave en el estudio es la escasa valoración social y simbólica de los trabajos domésticos y de cuidados, que se vinculan socialmente a los afectos y el altruismo—elementos estructurales de los estereotipos de género—, invisibilizando la dureza del trabajo y la carga que suponen para quien los lleva a cabo. El contexto moral y político de la sociedad condiciona la manera en que las personas viven, practican y sienten el cuidado. Las emociones, mediadas culturalmente, conllevan para las mujeres, en relación con los cuidados, una fuerte presión social que se traduce en sentimientos de autoexigencia, sobrecarga y culpabilidad. La culpabilidad que han expresado las mujeres en relación con

1. Ezquerro, Sandra i Mansilla, Elba, (2018), *Economía de los cuidados i política municipal: cap a una democratització de la cura a la ciutat de Barcelona*, Barcelona, Ajuntament de Barcelona, una referencia clave para revisar la EAMV.

la alimentación se articula a través del vínculo alimentación-salud y la responsabilidad de las decisiones que hay detrás de las elecciones alimentarias, así como a través de las limitaciones, tanto temporales como económicas, que comportan prácticas menos saludables. En el caso de los hombres, este contexto moral y político, los permite vivir los cuidados y la alimentación desde la responsabilidad, pero no necesariamente desde la culpabilidad.

Medidas y acciones propuestas

El trabajo de análisis e investigación nos permitió proponer un marco estructural y propositivo estructurado en tres ejes: 1) La socialización y redistribución de la responsabilidad de alimentar, 2) El reconocimiento de la centralidad social y simbólica de la alimentación y 3) La representación y el empoderamiento social en torno a la cuestión alimentaria.

Las medidas y las acciones propuestas en cada uno de los ejes están enfocadas no solo a minimizar los efectos de las desigualdades, sino principalmente a atender a las causas que las generan y esto implica reestructurar el propio marco subyacente. Para ello es necesario trabajar en los tres ejes de manera conjunta y complementaria.

Socialización y redistribución de la responsabilidad de alimentar. Este eje pone el foco en la necesidad de distribuir, compartir y socializar las responsabilidades en torno a la provisión y el acceso a una alimentación saludable, sostenible y justa, dentro y fuera de los hogares. Entre otras, se definen acciones vinculadas a la corresponsabilidad y al acceso a esta alimentación más allá de los hogares, por ejemplo, a través de comedores escolares, sociales o proyectos comunitarios de provisión de alimentos. Desde esta perspectiva la administración debería ser capaz de impulsar propuestas, pero también de facilitar aquellas que tienen lugar de manera autónoma.

Reconocimiento de la centralidad social y simbólica de la alimentación. Este eje incide en la importancia de visibilizar y valorar socialmente todos los trabajos y procesos necesarios en el sistema agroalimentario local para alimentarnos de una manera saludable y sostenible, y garantizar que estos no se realizan a expensas de los derechos de otras personas ni reproducen estereotipos

de género. En este ámbito, son esenciales los medios de comunicación, la educación, las propuestas de sensibilización y aquellas orientadas a la valorización tanto de la centralidad de los cuidados como de las profesiones del sector primario en sus diferentes facetas.

Representación y empoderamiento social en torno a la cuestión alimentaria. Este eje plantea acciones encaminadas, por un lado, a facilitar y equilibrar el acceso y la presencia de las mujeres en espacios de representación y toma de decisiones en todo el sistema agroalimentario. Por otro, responde a la importancia de promover el empoderamiento individual, relacional y colectivo de las personas alrededor de la cuestión alimentaria para que sean capaces de generar cambios significativos. Se trataría, por ejemplo, de impulsar espacios donde la alimentación esté discursivamente en el orden del día, para que las personas tengan los argumentos necesarios para decidir sobre su propia alimentación y demandar cambios.

Recientemente se aprobó en el Pleno Municipal la propuesta de modificación de la EAMV que incorporaba el resultado de este trabajo. Para nosotras, este estudio ha significado la posibilidad de definir un marco de trabajo para el conjunto del sistema agroalimentario desde una perspectiva feminista, para dar respuesta a las diferentes desigualdades existentes a lo largo del sistema. Salta a la vista su complejidad y, por tanto, la necesidad de continuar profundizando y proyectando nuevas posibilidades para superar las desigualdades, incluso siendo conscientes de las limitaciones y dificultades del ámbito municipal. Pensamos que se trata de un marco de base con miras amplias, a partir del cual trabajar estas cuestiones, poco a poco y a diferentes escalas. Deseamos que pueda ser de utilidad para quienes también trabajan en el ámbito de las políticas públicas agroalimentarias. ●

Natalia Castellanos
Arquitecta y técnica de
dinamización local agroecológica

Alba Herrero Garcés
Investigadora social y técnica de dinamización
local agroecológica (Fundació Assut)



*Campesina cribando semillas en Amritabhoomi, la escuela de agroecología de Karnataka, India.
Foto: David Meek, La Vía Campesina*

SOBERANÍA ALIMENTARIA, UNA PROPUESTA POR EL FUTURO DEL PLANETA

Extracto de la declaración oficial de La Vía Campesina por los 25 años de lucha colectiva por la soberanía alimentaria

La soberanía alimentaria es una filosofía de vida. Define los principios sobre los cuales nos organizamos en nuestra vida diaria y coexistimos con la madre tierra. Es una celebración de la vida y de la diversidad que nos rodea. Abraza cada elemento de nuestro cosmos; el cielo sobre nuestras cabezas, la tierra debajo de nuestros pies, el aire que respiramos, los bosques, las montañas, los valles, campos, océanos, ríos y estanques. Reconoce y protege la interdependencia entre 8 millones de especies que compartimos este hogar.

Heredamos esta sabiduría colectiva de nuestras ancestras, quienes labraron la tierra y vadearon las aguas durante 10 000 años, período en el que evolucionamos hacia una sociedad agraria. La

soberanía alimentaria promueve la justicia, la igualdad, la dignidad, la fraternidad y la solidaridad. Es, también, la ciencia de la vida; construida a través de realidades vividas a lo largo de innumerables generaciones, cada una enseñando a su prole algo nuevo, inventando nuevos métodos y técnicas que se integren en armonía con la naturaleza.

Como poseedoras de esta rica herencia, es nuestra responsabilidad colectiva defenderla y preservarla. La Vía Campesina (LVC) llevó el paradigma de la soberanía alimentaria a los espacios de formulación de políticas internacionales y le recordó al mundo que esta filosofía debe guiar los principios de nuestra vida compartida.

Llevados al límite, el campesinado y las comunidades indígenas de todo el mundo reconocieron la urgente necesidad de una respuesta organizada e internacionalista a esta ideología globalizadora y de libre mercado propagada por quienes defienden el orden mundial capitalista. La soberanía alimentaria se convirtió en una de las expresiones de esta respuesta colectiva.

En la Cumbre Mundial de la Alimentación de 1996, en un debate sobre cómo organizamos nuestros sistemas alimentarios globales, La Vía Campesina acuñó el término *soberanía alimentaria* para insistir en la centralidad del pequeño campesinado, la sabiduría acumulada por generaciones, la autonomía y diversidad de las comunidades rurales y urbanas y la solidaridad entre los pueblos como componentes esenciales para la elaboración de políticas en torno a la alimentación y la agricultura.

Un derecho colectivo que cambió la forma de entender la pobreza y el hambre

La soberanía alimentaria presenta una reforma radical al concepto de seguridad alimentaria. Reconoce a la gente y las comunidades locales como agentes centrales en la lucha contra la pobreza y el hambre. Requiere comunidades locales fuertes y defiende su derecho a producir y consumir antes de comercializar el excedente. Demanda autonomía y condiciones objetivas para el uso de los recursos locales, exige la reforma agraria y la propiedad colectiva de los territorios. Defiende los derechos de las comunidades campesinas a usar, guardar e intercambiar semillas. Defiende el derecho a comer alimentos saludables y nutritivos. Fomenta los ciclos productivos agroecológicos, respetando las diversidades climáticas y culturales de cada comunidad. La paz social, la justicia social y de género y las economías solidarias son condiciones previas esenciales para hacer realidad la soberanía alimentaria. Exige un orden comercial internacional basado en la cooperación y la compasión frente a la competencia y la coacción. Exige una sociedad que rechace la discriminación en todas sus formas e insta a las personas a luchar contra el patriarcado y la estrechez mental. Un árbol es tan fuerte como sus raíces. La soberanía alimentaria, definida por los movimientos sociales de los años noventa y, posteriormente, en el Foro de Nyeleni en Mali en 2007, intenta precisamente eso.

Este año celebramos 25 años de esta construcción colectiva

El mundo no es para nada perfecto. Incluso frente a una desigualdad sin precedentes, el aumento del hambre y la pobreza extrema, el capitalismo y la ideología del libre mercado continúan dominando los círculos políticos. Peor aún, también se están haciendo nuevos intentos para visualizar un futuro digital: de agricultura sin agricultoras, pesca sin pescadoras; todo bajo el disfraz de la digitalización de la agricultura y para crear nuevos mercados para los alimentos sintéticos.

A pesar de todos estos desafíos, el movimiento por la soberanía alimentaria, que ahora es mucho más extenso que La Vía Campesina y está compuesto por varios sectores, ha logrado avances significativos.

Gracias a nuestras luchas conjuntas, instituciones de gobernanza mundial, como la FAO, han llegado a reconocer la centralidad de la soberanía alimentaria de los pueblos en la formulación de políticas internacionales. La Declaración de las Naciones Unidas sobre los derechos del campesinado y otras personas que trabajan en las zonas rurales es otro logro.

Algunas naciones también han otorgado reconocimiento constitucional a la soberanía alimentaria. Las interrupciones causadas por la pandemia de COVID-19 en las cadenas alimentarias industriales han recordado aún más a los gobiernos la importancia de crear economías locales sólidas.

La agroecología campesina, fundamental para asegurar la soberanía alimentaria en nuestros territorios, ahora es reconocida por la FAO como fundamental para la lucha contra el calentamiento global. La campaña sostenida de los movimientos sociales también ha dado como resultado varias victorias legales contra las corporaciones que producen agrotóxicos y semillas químicas y transgénicas.

Tenemos por delante un camino con muchas barreras

Los defensores del orden mundial capitalista se dan cuenta de que la soberanía alimentaria es una idea que atenta contra sus intereses financieros. Prefieren un mundo de monocultivos y gustos homogéneos, donde los alimentos se puedan producir en masa, con mano de obra barata en fábricas lejanas, sin tener en cuenta sus impactos

ecológicos, humanos y sociales. Prefieren economías de escala a economías locales sólidas. Eligen un libre mercado global (basado en la especulación y la competencia feroz) por sobre de las economías solidarias que requieren mercados territoriales más sólidos (mercados campesinos locales) y la participación activa de quienes producen alimentos locales. Inyectan nuestro suelo con agrotóxicos para obtener mejores rendimientos a corto plazo, ignorando el daño irreversible a la salud del suelo. Sus arrastreros volverán a rastrear los océanos y ríos, capturando peces para un mercado global mientras las comunidades costeras mueren de hambre. Continuarán intentando secuestrar semillas campesinas e indígenas a través de patentes y tratados de semillas. Los acuerdos comerciales que elaboran volverán a tener como objetivo la reducción de los aranceles que protegen nuestras economías locales.

Un éxodo de jóvenes sin empleo, que abandonan las granjas de las aldeas y eligen el trabajo asalariado en las ciudades, encaja perfectamente con su impulso de encontrar un suministro regular de mano de obra barata. Su enfoque implacable en los «márgenes» significa que encontrarían todos los medios para deprimir los precios en las explotaciones agrícolas mientras los negocian a precios más altos en los supermercados minoristas. Al final, las que pierden son las personas, tanto productoras como consumidoras. Las que se resisten serán criminalizadas. Una feliz coexistencia de la élite financiera mundial con gobiernos autoritarios significaría que incluso las más altas instituciones, a nivel nacional y mundial, destinadas a supervisar y detener las violaciones de derechos humanos, mirarían hacia otro lado. Los multimillonarios utilizarían sus fundaciones filantrópicas para financiar agencias que producen «informes de investigación» y «revistas científicas» para justificar esta visión corporativa de nuestros sistemas alimentarios. Cada espacio de gobernanza global, donde los movimientos sociales y los miembros de la sociedad civil hicieron campaña para ganar un asiento en la mesa, dará paso a los conglomerados corporativos que entrarán en escena como «partes interesadas». Se hará todo lo posible para ridiculizar a quienes defendemos la soberanía alimentaria como no científicos, primitivos, poco prácticos e idealistas. Todo esto sucederá, como sucedió en las últimas dos décadas.

Nada de esto es nuevo para nosotras. Las condenadas a las periferias de nuestras

La soberanía alimentaria presenta una reforma radical al concepto de seguridad alimentaria.

sociedades por un sistema capitalista cruel y devorador no tenemos más remedio que luchar. No se trata solo de nuestra supervivencia, sino también de las generaciones futuras y de una forma de vida transmitida de generación en generación. Es por el futuro de nuestra humanidad por lo que defendemos nuestra soberanía alimentaria.

Esto solo es posible si insistimos en que cualquier propuesta de política local, nacional o global en materia de alimentación y agricultura debe basarse en los principios de soberanía alimentaria, como la definen los movimientos sociales. El joven campesinado y la clase trabajadora mundial deben liderar esta lucha. Los movimientos sociales rurales y urbanos, los sindicatos y los agentes de la sociedad civil, los gobiernos progresistas, la academia, la ciencia y las entusiastas de la tecnología deben unirse para defender esta visión de nuestro futuro. Las mujeres campesinas y diversidades deben encontrar un espacio equitativo en la dirección de nuestro movimiento en todos los niveles. Debemos sembrar las semillas de la solidaridad en nuestras comunidades y abordar todas las formas de discriminación que mantienen divididas a las sociedades rurales.

La soberanía alimentaria ofrece un manifiesto para el futuro, una visión feminista que abraza la diversidad. Es una idea que une a la humanidad y nos pone al servicio de la madre tierra que nos alimenta y nutre.

En su defensa, ¡estamos unidas!

¡Globalicemos la lucha,
globalicemos la esperanza!

#NoHayFuturoSinSoberaníaAlimentaria

La Vía Campesina

10 de octubre de 2021

Revista SABC

El menú escolar como vínculo con la cultura rural

MENOS PROTEÍNA ANIMAL Y DE MEJOR CALIDAD

La alimentación escolar no es ajena al sistema alimentario industrial y ha incorporado muchos de sus hábitos y dinámicas, como priorizar el precio o buscar comodidad, rendimiento y cantidad antes que calidad en los menús. Tras ellos, a menudo, se esconde el afán de lucro de alguna gran empresa y la influencia de valores culturales ajenos que, entre otras cosas, han impuesto un excesivo consumo de carne, comida procesada, grasa y azúcares.

Hace tiempo que las entidades sociales, AMPA y administraciones públicas trabajan para transitar hacia comedores más sanos y sostenibles, lo que significa incorporar más productos frescos, de temporada, de proximidad y ecológicos. Además, ahora que se ha abierto el debate social sobre el impacto del consumo excesivo de carne, parece buen momento para reflexionar sobre su presencia en el menú escolar. Para profundizar en este tema, la ONG CERAI organizó el pasado mes de octubre una mesa de debate con representantes de la educación, la ganadería extensiva y las administraciones públicas.

Hay que tener en cuenta que el comedor escolar es un espacio educativo de enorme importancia que ofrece la oportunidad de transmitir valores y conocimientos relacionados no solo con la salud, sino con el territorio, el cuidado del medio ambiente, el sector primario, el medio rural o la cultura gastronómica. Por ello, tanto para la administración como para la propia escuela es

importante saber por qué modelo de comedor se apuesta y qué valores se quieren defender.

El poder transformador de la compra pública de alimentos

El último estudio del Programa de Revisió de Menús Escolars a Catalunya (PREME) indica que el 97,4 % de las escuelas analizadas exceden las recomendaciones de consumo de carne. Además, se trata, en gran medida, de carne procedente de ganadería intensiva y procesada (hamburguesas, salchichas, embutidos...).

Las administraciones públicas tienen la posibilidad de modificar el mercado teniendo en cuenta sus procesos de compra pública y licitación de suministro o servicios relacionados con las restauraciones colectivas (escuelas, hospitales, residencias, centros cívicos...). Si este volumen de compra se adquiriera en mercados de proximidad y con prácticas más sostenibles, estaríamos ante el catalizador definitivo para crear, fortalecer y



Encuentro de la Red Chef 2030 (cocineros y cocineras de colectividades) en Barcelona. Foto: Menjadors Ecològics

extender una red de mercados locales viables con unas consecuencias importantes en los ámbitos económico, social, medioambiental y cultural.

Por ejemplo, según datos de la asociación Menjadors Ecològics, si todas las escuelas públicas de Catalunya decidieran consumir carne de producción local y ecológica según las cantidades recomendadas, estaríamos hablando de unas 586 toneladas de carne roja (ternera, cerdo o cordero) y 1685 toneladas de carne blanca (pollo y pavo) por curso escolar. En 2019, la producción de carne ecológica (avicultura, cunicultura, bovino y caprino) en Catalunya fue de 1291 toneladas, es decir, no hay suficiente capacidad productiva para abastecer a las escuelas. Sin embargo, es un indicador del potencial que pueden suponer los comedores escolares para transformar la producción ganadera en agroecológica.

Por otro lado, sigue concentrándose el negocio de la restauración colectiva: en 2020 tan solo cinco empresas monopolizaban más del 60 % del mercado estatal. ¿Qué pasaría si se priorizaran las empresas cooperativas y de la economía social y solidaria en este sector? Sin duda, se generaría más empleo y de mejor calidad, con un mayor retorno hacia el propio territorio.

El complicado engranaje tras la alimentación escolar

La alimentación escolar depende de varios departamentos según la comunidad autónoma, al menos son tres: Salud, Educación y Agricultura. La definición de menús equilibrados para la restauración colectiva suele depender de Salud, mientras que Educación tiene que garantizar que esos menús se cumplen en sus espacios. Fernando Fernández, director general de Agricultura, Ganadería y Desarrollo Rural del Gobierno de las Islas Baleares, explica que Agricultura debe reivindicar la producción alimentaria local y que fue el departamento que tomó la iniciativa en el tema de los comedores escolares en Baleares. «Es una labor ingrata porque nos tocó convencer a Salud y Educación; ahora bien, la administración es un espacio complicado y las estrategias que sirven aquí no servirían en otro territorio o habría que plantearlas de otra forma», apunta. Baleares ha desarrollado experiencias piloto en un buen número de comedores y ha tenido también en cuenta la dimensión educativa dentro y fuera de las escuelas, con un importante programa de promoción del producto local.

Promover un modelo diferente de comedor escolar supone generar cambios en la estructura y en la articulación de la administración e incidir en la elaboración, redacción, publicación y seguimiento de las licitaciones y contratos públicos relacionados con este ámbito. Por lo tanto, hace falta una apuesta política y recursos públicos para garantizar técnicamente la implementación de comedores escolares sostenibles.

Ahora bien, para garantizar la viabilidad del menú, hay que considerar también la disponibilidad de los alimentos que lo conforman (capacidad de producción local, logística de distribución y suministro), la ratio del personal de cocina, la disponibilidad de una cocina suficientemente equipada para elaborar el menú y el coste económico del servicio.

El punto de vista del campo

Martina Marcet es ganadera y sirve pollo ecológico a una escuela con 220 comensales en la ciudad más cercana a su granja, Berga. Ella forma parte del colectivo Ramaderes de Catalunya y afirma que el sector de la ganadería extensiva suscribe totalmente la necesidad de comer menos carne, de mejor calidad y menos procesada. Sin embargo, Martina, desde su experiencia y su militancia agroecológica, señala aspectos muy importantes a la hora de trasladar estos cambios a la alimentación escolar. «Si lo que buscamos es carne de proximidad, de ganadería extensiva, ecológica y de pequeños productores, que cada vez somos menos, encontraremos una disponibilidad limitada y no es fácil aumentar esta producción de forma rápida». La parte positiva es que la demanda podría contribuir a poner en marcha proyectos así y, según Martina, «promocionar este tipo de carne y de derivados puede ser más útil que muchas políticas de desarrollo rural, porque esta actividad mantiene a la gente en el campo y activa la economía local». Ahora bien, no hay que olvidar que todo esto debería compaginarse con el acompañamiento al campesinado: acceso a la tierra, apoyo institucional e inversiones en infraestructuras como mataderos municipales o comarcales.

La logística es un obstáculo habitual, y más aún en un sector que hace años que reclama más mataderos en el territorio y que pueda sacrificarse al animal en la propia finca. Para el caso de la alimentación escolar, además, el producto requiere un mínimo de elaboración antes de

entregar a la empresa de catering o a la cocina de la escuela. «Yo tengo un obrador en casa donde preparo el producto, pero no cualquier persona ganadera tiene esta infraestructura», explica Martina. Apunta además algo importante: la ganadería extensiva más sostenible es la de pequeños rumiantes (cordero, cabrito), que son precisamente los tipos de carne a los que menos habituada está la población infantil.

Experiencias inspiradoras

En 2008, en la escuela infantil El Rial de Sant Cebrià de Vallalta (El Maresme, Catalunya), comenzó una experiencia que podemos considerar pionera. La Masovera, una pequeña empresa dirigida por Nani Moré, asume la responsabilidad de cocinar para la escuela infantil y apuesta por un menú ecológico, de temporada y producción local, con protagonismo de las verduras, recuperando las legumbres como fuente de proteína y, sobre todo, poniendo en el centro a la *pagesia* ('campesinado') local que produce de forma ecológica y vende en un circuito corto.

Trece años después, el proyecto continúa. Tasto, una pequeña empresa, ha cogido el relevo y actualmente sirve 65 menús en tres escuelas infantiles con los mismos compromisos: potenciar el consumo diario de verduras de temporada (120 g), los cereales integrales y las legumbres. Respecto a la proteína animal se consume según los gramajes recomendados por la Agencia de Salud Pública, pero se garantiza que sea de calidad, de producción local y ecológica. La carne de ternera se compra a la finca Salt de Colom y el pollo a la empresa Ecopollastre. El éxito del proyecto reside en el compromiso de los diferentes actores involucrados: la voluntad de la dirección de la escuela, de la empresa que gestiona la cocina y de los ayuntamientos fijando criterios de licitación apropiados. Y un factor importante: estos cambios no han supuesto incrementar la partida alimentaria (1,25 € por comensal y día).

Otro proyecto interesante es Escudella, del Patronat Municipal d'Escoles d'infants de Palma de Mallorca que, desde el curso 2019-2020, promueve la alimentación saludable y sostenible de sus once escuelas infantiles municipales. Se comenzó con un estudio de viabilidad que analizó la situación del personal y del equipamiento de las cocinas y valoró la capacidad del sector productivo para abastecerlas con alimentos de proximidad o ecológicos sin aumentar el coste

Del mar al plato, pescado de lonja en el menú escolar

Mejorar el menú también es cambiar radicalmente el tipo de pescado que se ofrece, que actualmente procede de las largas cadenas de pesca industrial y piscifactorías. Al pescado de nuestras lonjas le cuesta entrar en el circuito de la restauración escolar y podría aportar calidad, frescura, variedad y un recurso educativo enorme, especialmente en pueblos costeros, donde la población infantil todavía tiene familiares que están o han estado relacionados con el mar. «Se va a extinguir antes el pescador que el pescado» son palabras de Nacho Llorca, pescador artesanal de La Vila Joiosa (Alacant). Y es que, si la ganadería extensiva o la agricultura campesina está en crisis, quizá la pesca artesanal todavía lo está más. Suministrar producto a los canales de restauración pública colectiva dinamizaría la economía local y ayudaría a mantener un sector que gestiona de forma sostenible los recursos del mar y que ha sido clave en la conformación de la cultura de territorios costeros (economía, lengua, gastronomía, etc.). La prueba de ello es Galicia, donde la empresa Pescados Loureda hace muchos años que ofrece pescado de lonja a comedores escolares. Sin embargo, el pescado mediterráneo tiene particularidades. El menor tamaño de sus especies hace necesario el desespinado previo y ya hay pescaderías que ofrecen este servicio a empresas de restauración escolar como Cuinatur (País Valencià), una práctica que también podrían cultivar las propias cofradías en un obrador acondicionado. Una opción más sencilla es empezar por el caldo de pescado de lonja, que otras empresas de comedor sensibles a estos temas, como Mendoza Colectividades, llevan años ofreciendo con mucho éxito a sus escuelas, ayudando, además, a dar salida a productos de la pesca que suelen descartarse a pesar de su valor nutricional y culinario.

marcado (1,49 € por comensal y día, incluyendo merienda). Los menús se elaboraron teniendo en cuenta las recomendaciones oficiales y haciendo una apuesta por alimentos frescos, de temporada, producción local y ecológica. En este curso 2021-2022 se ha iniciado un proyecto piloto con las tres escuelas de gestión directa, con un total de 350 menús, en los que hay que destacar la introducción de pollo y cordero ecológico producido en Mallorca.

Según las experiencias que han comenzado esta andadura, parece que la clave para reducir la proteína animal e introducir carne ecológica en los menús escolares es ofrecer dos días legumbres como proteína vegetal, un día de proteína animal (pollo, ternera, cordero...) y completar el menú con un día de pescado y otro de huevo, todo de procedencia agroecológica. Cambios que parecen

pequeños, pero con una enorme capacidad para incidir en la educación de la población escolar, en su salud, y en la economía y sostenibilidad del territorio. ●

Revista SABC

Este artículo resulta de dos conversatorios realizados en el marco del proyecto La Sostenibilitat al plat. Fase IV. Sobirania Alimentària a l'aula i a taula, un camí cap als ODS. Cuenta con el apoyo financiero de la Conselleria de Participació, Transparència, Cooperació i Qualitat Democràtica de la Generalitat Valenciana y la Regidoria de Cooperació al Desenvolupament i Migració de l'Ajuntament de València. El contenido es responsabilidad de las organizaciones que lo han elaborado y no refleja necesariamente la opinión de los financiadores.



—Conversatorios «De la mar al plat» y «De la pastura al plat», disponibles en el canal de YouTube de CERAI.



Josefa Zapata y las mujeres de su familia cosechando cebollin para las escuelas.

Foto: Plan Pueblo a Pueblo

VENEZUELA ENTRE LA SOBERANÍA ALIMENTARIA Y LA AYUDA HUMANITARIA

En los últimos años las noticias internacionales sobre la situación de la alimentación en Venezuela son sinónimo de hambre y crisis alimentaria. En estas narrativas, dos elementos que les dan contorno a las tensiones, crisis y fortalezas del sistema alimentario venezolano quedan fuera. En primer lugar, se trata de un país tropical megadiverso y, en segundo lugar, es el país que cuenta con las mayores reservas de petróleo en el mundo.¹

El conuco como resistencia

La diversidad de cultivos tropicales fue la base de la alimentación de las poblaciones originarias que habitaban este territorio antes de la colonización española, momento en que se transforman los procesos de producción, distribución y consumo de alimentos. Así, Venezuela se inserta en el circuito colonial agroexportador con la monoproducción de rubros tropicales de plantación, cacao y café principalmente, junto a otros rubros introducidos por los europeos y por la población

africana esclavizada. Sin embargo, la alimentación seguía basada en la diversidad tropical.

Con la colonización, la variedad de sistemas de producción originarios que estaban adaptados a la diversidad de paisajes y culturas de este territorio fue desmantelada, y fue el conuco² el que logró perdurar hasta el presente. En él se producen diversos tubérculos, frutas y legumbres tropicales

2. El conuco es un sistema agrícola diversificado, históricamente manejado por comunidades originarias y campesinas venezolanas, que está basado en el conocimiento tradicional y es un espacio clave de diversidad biocultural. Ha sido reconocido en diferentes documentos legales, como la Ley de Tierras y Desarrollo Agrario, que establece el marco legal para la reforma agraria y reconoce al conuco como fuente histórica de agrobiodiversidad, y el plan nacional de desarrollo llamado Plan de la Patria 2013-2019, que lo distingue como reserva de germoplasma.

1. Las reservas probadas y certificadas de petróleo en Venezuela ascendieron a 303.805.745 millones de barriles, según el Ministerio del Poder Popular de Petróleo.

como yuca, ñame, batata, plátanos, frijoles y maíz, el principal alimento consumido en el país. Todos estos alimentos subsidiaron la fuerza de trabajo, y la reproducción de la vida de las comunidades originarias y afro que sostuvieron la economía de la agroexportación, comunidades antecesoras del campesinado venezolano. Así, estos alimentos fueron reorganizados en el sistema agroalimentario colonial de manera jerárquicamente racializada, al igual que la población que los consumía.

Neocolonización petrolera

Una segunda transformación del sistema alimentario venezolano ocurrió a inicios del siglo xx con la aparición del petróleo. El establecimiento de una «industria petrolera» totalmente dependiente de tecnologías extranjeras, principalmente estadounidenses, configuró las relaciones neocoloniales que moldearon la agricultura venezolana, los patrones de consumo y la distribución de la población. Un masivo éxodo del campo llegó a las ciudades donde se concentraron capitales y políticas públicas. El campesinado y todas sus prácticas agrícolas y alimentarias fueron mayoritariamente excluidos del proyecto de país que emergía en este escenario neocolonizado y solo algunos sectores se incorporaron a la modernización agrícola que se impulsaba con propulsión a petróleo.

La creciente clase media y los técnicos extranjeros que llegaban a la industria petrolera consumían nuevos alimentos,³ y en el campo aparecieron las semillas híbridas, principal dispositivo de los paquetes tecnológicos agrícolas importados. De igual modo, las formas de cultivo de rubros autóctonos, como el maíz o la papa, se transformaron intensamente. El riego y la mecanización se hizo común en los enclaves de la modernización agrícola y, con la dependencia a las nuevas semillas, llegaron los agroquímicos para controlar los ataques de las nuevas plagas que estas variedades foráneas atraían. Todo esto cambió radicalmente el paisaje agrario venezolano. En el plato, el paisaje también se transformó. La uniformización de la dieta y la reproducción de patrones alimentarios foráneos están íntimamente vinculadas al negocio del petróleo. En 1939 Venezuela firmó el Tratado de Reciprocidad Comercial con EE. UU., a partir del cual se instalaron en el país los supermercados con sus marcas y alimentos procesados,

3. Algunos vegetales, como berenjenas, brócolis, zanahoria, acelgas, betabel o cebolla, llegaron con la modernización agrícola.

como Coca-Cola, Kellogg's, Kraft o Campbell's. Sin embargo, la incapacidad de este modelo para alimentar a las mayorías quedó en evidencia. En 1989, el Caracazo fue la contundente respuesta popular al ajuste estructural que se aplicó en el país siguiendo orientaciones del FMI y que disparó los precios de los alimentos. Este momento fue un punto de giro en la historia reciente del país que puso los alimentos en el centro del debate político.

La llegada de Hugo Chávez

Marcado por la participación popular y una compleja interacción con el Estado, con el liderazgo del presidente Hugo Chávez se inició un proceso de democracia participativa y protagónica. En lo agroalimentario, este proyecto implicó la lucha contra el latifundio, políticas de distribución de alimentos en comunidades vulnerables, financiamiento agrícola para el campesinado, creación de empresas estatales agroindustriales y programas de agroecología.

A pesar de los avances, todo esto no estuvo libre de contradicciones y tensiones. Mientras la FAO reconocía los logros de estas políticas en la erradicación del hambre, también se reforzaban los patrones de producción y consumo de alimentos agroindustriales. La harina precocida de maíz se mantuvo como el principal alimento de consumo nacional, monopolizado por una empresa transnacional de origen venezolano.

Todas estas contradicciones quedaron expuestas con el colapso del mercado petrolero, que, junto a un agudo bloqueo económico,⁴ impactó gravemente en el sistema alimentario venezolano, altamente dependiente y articulado al agronegocio. En medio de este colapso, las agencias multilaterales han declarado una emergencia humanitaria en Venezuela y, por primera vez en la historia, la población venezolana se suma a las masivas marchas migrantes de los pueblos latinoamericanos. La crisis de alimentos es un elemento central de esta emergencia.

Bloqueo por un lado y ayuda humanitaria por el otro

Aunque una relatora de la Organización de Naciones Unidas cuestionó estas medidas coercitivas y sus devastadores efectos, en paralelo

4. Principalmente los Gobiernos de Estados Unidos y algunos países de Europa han implementado este bloqueo a través de un conjunto de Medidas Unilaterales Coercitivas. Más información en sures.org.ve



Conuco.
Foto: Plan Pueblo a Pueblo

para este año 2021. Hasta ahora, las raciones que han distribuido en las escuelas han sido paquetes de lentejas y arroz, aceite y sal. Sin embargo, en medio de la crisis, el campesinado no ha dejado de abastecer los mercados locales y nacionales, y ahora está invisibilizado por los discursos y políticas humanitarias.

La alimentación escolar: un plato en disputa

Dada la complejidad de todo este escenario, proponemos un recorrido para comprender la realidad alimentaria más allá de la intensa polarización que existe en los debates sobre Venezuela: el plato de alimentación escolar. En él se sintetizan las principales contradicciones de la construcción de la soberanía alimentaria venezolana.

Para los movimientos sociales, la alimentación escolar ha sido históricamente un tema central. La experiencia de los comedores escolares del Black Panther Party en EE. UU. y el lanzamiento de un observatorio de alimentación escolar por movimientos populares en Brasil son muestras de ello. En Venezuela la alimentación escolar también ha tenido transformaciones importantes en los últimos 20 años. Creado en 1969, el programa de alimentación escolar pasó de atender solo a la población vulnerable a ser un programa para toda la población escolar en 1999. Actualmente, atiende alrededor de 6 millones de escolares, pero se ha visto muy afectado por la crisis actual. La calidad de las raciones ha disminuido enormemente y predominan los carbohidratos procesados como pasta y harina de maíz. Los rubros frescos apenas se sirven en los platos escolares. Con muy poca diversidad y mala calidad, estos provienen de los mercados controlados por intermediarios. Su errática distribución ha marcado el ritmo de la asistencia a clase en las comunidades más vulnerables.

Frente a eso han surgido múltiples respuestas desde abajo, una de ellas es la experiencia del Plan Pueblo a Pueblo. Desde el 2015, con la consigna «Los alimentos son un derecho humano, no una mercancía», este plan articula organizaciones populares del campo y la ciudad de manera autogestionada para enfrentar la especulación alimentaria y promover la transformación de los patrones de consumo. Tiene como objetivo la planificación de la producción, distribución y consumo de alimentos principalmente de producción campesina. Cada jornada de distribución implica un esfuerzo de asambleas, planificación y trabajo



Secado de semillas de la parcela Yolimar Cuyagua.
Foto: Plan Pueblo a Pueblo

de las comunidades organizadas en la ciudad que identifican sus necesidades. Mientras, las redes de familias productoras en el campo planifican la producción a partir de las necesidades de consumo y calculan los precios con base en la estructura de costos y no con las referencias especulativas del mercado.

Con estos principios y esta metodología, en el 2018 el plan logra un convenio de compras públicas de vegetales, frutas y hortalizas para atender las 42 escuelas en las comunidades articuladas en el plan. Entre el 2018 y 2020 se distribuyeron 207 toneladas de alimentos y se atendieron alrededor de 11 930 niños y niñas, y cada familia campesina que participó produjo en promedio 1,3 toneladas de más de 15 rubros. El presupuesto público que permitió alcanzar estas cifras equivale al que los intermediarios requieren para solo 400 escolares. La magnitud de esta diferencia revela el nivel de usura y especulación que hay alrededor del plato escolar.

Algunas claves que nos deja esta experiencia de control popular de la alimentación escolar son, en primer lugar, la capacidad de la producción campesina venezolana: el Plan Pueblo a Pueblo ha llevado a cabo una serie de acciones de transición a la agroecología a fin de sostener y transformar los procesos productivos que fueron dependientes de las importaciones. En segundo lugar, la experiencia organizativa acumulada en los últimos

20 años: en medio de la emergencia, la organización popular venezolana está generando respuestas políticas y económicas que logran atender necesidades concretas y mantienen la soberanía alimentaria como uno de sus pilares. Esta experiencia interpela desde la práctica al modelo corporativo y especulador que ha acaparado las políticas de distribución de alimentos por medio de las cadenas de intermediación. Y, finalmente, más allá de las coyunturas políticas, sanitarias y económicas, lo que revela la experiencia venezolana es la magnitud del control que el modelo del agronegocio ejerce sobre los pueblos. El hambre funciona como un dispositivo de opresión de este poder corporativo, que, en las condiciones más críticas, consigue sostener su ritmo desenfrenado de acumulación por desposesión. Frente a eso, las resistencias populares desde abajo tienen potencia para contener este desenfreno y defender el derecho a la alimentación, a la autonomía y, en esencia, el derecho a la vida. ●

Ana Felicien
Plan Pueblo a Pueblo Venezuela



Este artículo cuenta con el apoyo de la Fundación Rosa Luxemburgo

al bloqueo se ha puesto en marcha una agenda humanitaria multilateral. Igualmente, diversas organizaciones de derechos humanos han cuestionado el uso de la ayuda alimentaria en el conflicto político venezolano,⁵ que tiene el hambre como uno de sus principales dispositivos de poder. Sin embargo, los Gobiernos responsables de dichas medidas han suspendido el bloqueo revelando el verdadero rostro de la llamada comunidad internacional.

En el contexto actual de pandemia, el Programa Mundial de Alimentos (PMA) es una de las principales acciones de esta agenda humanitaria multilateral. Este programa tiene entre sus objetivos actuar en la alimentación escolar venezolana y cuenta con aproximadamente 30 millones de dólares para mantener sus operaciones tan solo

5. Comunicado *Against the weaponization of food aid and the undermining of food sovereignty in Venezuela*.

Revista SABC

IDENTIDAD INDÍGENA EL SUMAK KAWSAY

En 2008 la nueva constitución de Ecuador incluyó en sus artículos el reconocimiento al Sumak Kawsay, lo que supone un desafío claro a los modelos de sociedad hegemónicos impuestos por los sistemas capitalistas que han colonizado todo el planeta. ¿Es una forma identitaria que también interpela nuestro mundo rural? ¿Existen valores compartidos?

Una tensión permanente con el capitalismo

El Sumak Kawsay, como eje orientador de la vida, es una visión kichwa del mundo que incluye valores propios, no hegemónicos, según los cuales la sociedad se organiza de una manera en que hombres y mujeres no son el centro de la vida, sino parte del pluriverso. En el Sumak Kawsay el territorio es central para la reproducción de las vidas, es de propiedad colectiva, inalienable, imprescriptible e inembargable. Es el espacio colectivo heredado de los ancestros y reconfigurado en las luchas históricas de los pueblos, que se comparte con otros seres y entidades, con los ancestros, con las divinidades propiciadoras de la diversidad, con las generaciones presentes y futuras.

El *ayllu*, otro de los elementos fundamentales del Sumak Kawsay, es un conector intergeneracional y transtemporal. Es el núcleo de la estructura social, económica y política de las comunidades y de los pueblos. Los miembros son parte del *ayllu* en tanto que comparten ancestros comunes y cumplen con las prácticas de reciprocidad, cooperación, solidaridad y redistribución, y mantienen vínculos con los espíritus protectores de la vida.

Tomamos estas descripciones del documento de plan estratégico del Instituto Kichwa de Biotecnología «Sacha Supay» (IQBSS), una institución netamente indígena que desde 1993 se encarga de la gestión del territorio adjudicado a las comunidades indígenas de Pastaza (Ecuador), que asciende a un millón y medio de hectáreas. «Elaboramos planes de gestión territorial y manejo de recursos para cada pueblo y velamos

por la recuperación de los conocimientos ancestrales, por la defensa del territorio y contra el extractivismo». Habla Víctor Vacacela, ingeniero agrónomo del IQBSS, para quien los avances que supuso la nueva constitución no están incorporados en la visión del Gobierno. «Las políticas del Gobierno ecuatoriano están enfocadas al extractivismo como única alternativa para obtener recursos, algo que nosotros no compartimos», añade. Aunque los pueblos kichwa de Pastaza disponen de escrituras públicas de sus territorios, los recursos petroleros están en el subsuelo, sobre el que no tienen el derecho de gestión ni explotación.

Uno de los principios de los *ayllus* es la responsabilidad, que significa asumir las responsabilidades que competen tanto a hombres como a mujeres para las tareas productivas y del cuidado. «Vivir en Sumak Kawsay dentro del *ayllu* es reconocer que el patriarcado también se ha instalado en el día a día de los pueblos indígenas apuntado por instituciones religiosas, el Estado y otros actores del frente colonial, estatal, empresarial y extractivista», dice el documento interno del IQBSS. Víctor reconoce que para su pueblo el tema de género supone un largo proceso de concienciación, «lo hemos ido introduciendo para que las mujeres estén más presentes en los procesos organizativos y ahora son ellas las que lideran las luchas contra las petroleras y también participan en eventos con la universidad y en exposiciones públicas».

En definitiva, el Sumak Kawsay se convierte en el eje orientador de las luchas de muchos pueblos indígenas de Abya Yala frente a los avances neocoloniales y su modelo extractivista.

Soberanía alimentaria y Sumak Kawsay

La economía ancestral, otro elemento central del Sumak Kawsay, es una forma de producción no basada en los ingresos monetarios; es una economía que conjuga formas productivas para satisfacer las necesidades de los *ayllus* a partir de los ecosistemas y la biodiversidad del territorio en una combinación de relaciones entre seres humanos, no humanos, ancestros..., y entre las generaciones presentes y futuras. Las palabras que definen esta economía son antónimos del capitalismo: además de corresponsabilidad, se habla de proporcionalidad, redistribución, complementariedad y reciprocidad.

Los saberes y conocimientos ancestrales, transmitidos por vía oral de generación en generación, son también parte de los elementos del Sumak Kawsay. El IQBSS afirma que «comprenden un conjunto de profundos conocimientos de gestión de los ecosistemas y de la biodiversidad, de los ciclos estacionales de flora y fauna, de plantas medicinales para la prevención y curación de enfermedades, de la arquitectura y los conocimientos asociados a la construcción, de las plantas sagradas para la ritualidad, que pone en contacto a los seres humanos con los no humanos y las divinidades protectores de las vidas, además de una diversidad de conocimientos que se manejan en la vida cotidiana». Son saberes que la racionalidad científica globalizada ha despreciado y catalogado históricamente como «inferiores» y «atrasados».

La soberanía alimentaria es intrínseca al modo de vida del Sumak Kawsay y el manejo de ecosistemas como la *chakra* está especialmente pensado para garantizarla. «La *chakra* es una integridad de todos los cultivos que nos han permitido y nos permiten vivir, principalmente la yuca y el plátano, pero en estas huertas, que lideran las mujeres, al menos se manejan 25-30 especies alimenticias y medicinales de forma rotativa», explica Víctor. La comunidad complementa su alimentación con la pesca y la caza en el Sumak Allpa, un territorio que no está contaminado, que guarda una gran cantidad de biodiversidad y que los pueblos kichwa cuidan y gestionan como parte de su forma de vida.

Durante la pandemia, en las comunidades indígenas de Pastaza hubo cierto grado de desabastecimiento de productos externos como la sal y el arroz, pero no sufrieron de escasez de



Revisión del emprendimiento socio-productivo Chicatzu muyu. Foto: IQBSS

alimentos. Según cuentan en el IQBSS, ha servido para que retomen y valoren aún más sus espacios de autoabastecimiento. «Planeamos fortalecer la economía ancestral, que se fundamenta en la propiedad colectiva de la tierra, la producción comunitaria de alimentos, el control comunitario de la distribución y el consumo, en los sistemas ancestrales de reciprocidad y redistribución; y también potenciaremos las redes de intercambio y comercialización entre comunidades, pueblos y nacionalidades indígenas a nivel regional y nacional, para garantizar la seguridad y la soberanía alimentaria».

Las relaciones con la ciudad

Generalmente, en las comunidades de interior, sin vías de comunicación, la producción es para el consumo, pero las que tienen accesos más fáciles intercambian o venden en ferias o mercados, en un sistema de comercio que no es solo monetario. «En algunos proyectos se está buscando generar ingresos a las familias para la educación, por ejemplo», explica Víctor, que lamenta que su sistema de educación básica sea tan deficiente. «Es muy sentido no contar con profesionales indígenas; muy pocos jóvenes terminan el bachillerato y se cuenta con pocos recursos para la educación superior». Ciertas familias consiguen que los hijos, mayoritariamente varones, salgan a la universidad, sin embargo las barreras están también en

Las alianzas en favor del Sumak Kawsay

El IQBSS es muy crítico con las acciones que se han llevado a término en su territorio «en nombre del desarrollo», ya que en muchos casos solo han abierto camino a las multinacionales. Pero no es el caso de muchas alianzas que han establecido y que facilitan su trabajo, algunas ONGD como Farmamundi, la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) o instituciones como el Grupo Latinoamericano de Estudios, Formación y Acción Feminista -GLEFAS que, con aportes de toda Abya Yala, permite conceptualizar de forma más académica el Sumak Kawsay como apuesta descolonial. «Esta conceptualización más técnica nos ha facilitado el intercambio de conocimientos entre y líderes y lideresas de los diferentes pueblos, destacando los temas de género que no estaban tan visibilizados en nuestro día a día», explica Víctor.

el dominio del español y en poder adaptarse a la vida en las ciudades. En el IQBSS están valorando cómo intervenir en este aspecto, especialmente para conseguir que haya más mujeres que acaben el bachillerato. Víctor tiene claro que es necesario un sistema educativo indígena y en su propia lengua: «La confederación de nacionalidades indígenas del Ecuador (CONAIE) tenía pensado crear una universidad indígena con el Gobierno anterior, pero ahora con la crisis económica y la pandemia lo vemos muy difícil».

No hay que pasar por alto que las formas de vida urbanas y consumistas han llegado a las comunidades indígenas y lo han hecho especialmente de la mano de las empresas proveedoras de alimentos. «Algunos son indispensables como

el arroz, pero a medida que se ha ido ampliando el catálogo de productos enlatados, parece que para las comunidades es más fácil comprar que producir y se genera desequilibrio y dependencia», cuenta Víctor. «Además, empieza a haber problemas de salud por exceso de azúcar y esas enfermedades de la clase blanca que decimos nosotros, que antes apenas se veían».

Al despedirnos, Víctor nos habla de sus fiestas. «Son las nuestras propias, se hacen agradecimientos a la chakra y a la Pachamama. Celebramos la continuidad de las vidas, de todos los seres que existen en el bosque y en el agua. Dependiendo de la época, se llevan a cabo cosechas colectivas, piezas de cerámica que hacen las mujeres para la chicha... y los hombres van juntos a pescar y a cazar. Se invita a todos a participar y celebrar».

Y la música, la fiesta, con el alimento en el centro, nos lleva a pensar en las fiestas de nuestro medio rural donde, ¿existe una identidad similar al Sumak Kawsay? ¿Un «vivir bien»? ●

Revista SABC

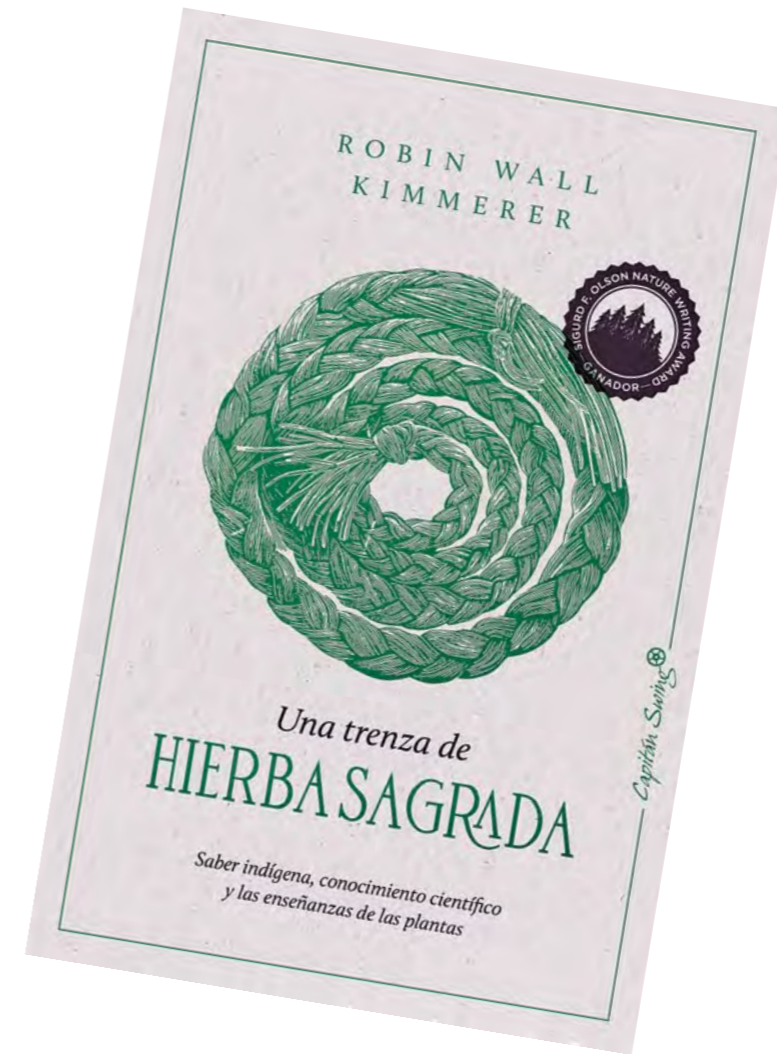
Este artículo cuenta con el apoyo de la ONGD Farmamundi, dentro de su proyecto Fortalecimiento de las capacidades de los pueblos indígenas kichwa de Pastaza (Ecuador) para el desarrollo de estrategias de amortiguamiento preventivas de la vulnerabilidad nutricional en el marco de la pandemia, financiado por la Agència Catalana de Cooperació al Desenvolupament (ACCD).



Miembros de la comunidad Yana Yaku zonificando el uso sostenible de recursos. Foto: IQBSS

PALABRA DE CAMPO

Helena Guillén Díaz



«Todo lo que nos permite vivir es el regalo que otra vida nos hace»

RESEÑA DEL LIBRO UNA TRENZA DE HIERBA SAGRADA DE ROBIN WALL KIMMERER

Robin Wall Kimmerer es una nativa americana a quien la colonización robó la posibilidad de crecer en tierras potawatomis, con su lengua, sus tradiciones y sus rituales, partes del puzzle que conforman el modo de relacionarse con el mundo de su pueblo. Pero tiene claras sus raíces y a lo largo de las páginas busca en los modos de vida y saber indígena otras maneras de habitar, basadas en la gratitud y la reciprocidad, en las que todo lo no humano no sea percibido como un simple recurso. La ciencia, las vivencias de la autora, el ritual y la espiritualidad son el hilo conductor de este libro. Y, por su capacidad de dar vida, de «animar lo inanimado», de regenerar y de proveer, las plantas son las protagonistas. A través de ellas nos

transmite fascinación, curiosidad, respeto y gratitud por todo lo que la rodea y la alimenta, material y espiritualmente. La autora nos recuerda que «perder una planta puede poner en riesgo una cultura tanto como perder su propio idioma».

Supongo que pasa en todos los libros, que hay tantas formas de leerlos como perspectivas y vivencias tenemos. Así que creo justo empezar explicando que lo leí como pastora; su máxima de «todo lo que nos permite vivir es el regalo que otra vida nos hace» se hace evidente en el huerto y en el pasto. Esta tensión moral —como ella la denomina—, y cómo resolverla, me ha atrapado en la lectura: en las formas de vida indígenas la autora encuentra relaciones de reciprocidad con

multitud de otras especies, situándonos como parte del ecosistema. Y es en esta reciprocidad donde encuentra alivio a la consciencia de que nuestras vidas tienen impactos sobre otras. Es bonito, y es necesario para buscar caminos hacia la sostenibilidad, saber que somos capaces de tener relaciones positivas con otras especies, que estas pueden beneficiarse tanto de nosotras y de cómo cuidamos el entorno como nosotras de ellas.

En los rituales y celebraciones encuentra la gratitud y el respeto hacia todas esas vidas que tomamos; son los puntales de conexión que dan importancia emocional a la acción. Quizás es la distancia evolutiva lo que nos hace tan fácil cortar un árbol sin más planteamientos, pero el cestero potawatomi le pide permiso antes. Y algo tan sencillo nos obliga a detenemos y darnos cuenta del coste de esa acción para el árbol, para el bosque y para las criaturas que viven entre sus ramas.

La autora es realista y sabe que nuestro modo de vida, tan alejado de la obtención de todo aquello que nos sustenta, es una barrera para practicar el sentido de pertenencia, la gratitud y la reciprocidad. Y ahí la ciencia entra en juego porque, aunque reniega de su modo de situar el hombre fuera de la naturaleza y de la frialdad de los datos, en su práctica y en su capacidad de observación, de asombro y de remendar problemas creados por nuestra especie, encuentra un modo de reciprocidad que la cultura occidental puede ejercer. La ciencia de la que Kimmerer se siente orgullosa es la comprometida, la que filtra informes del IPCC antes de que sean descafeinados por intereses económicos; la de ecólogas que explican el valor de espacios naturales para impedir ampliaciones aeroportuarias; la de botánicos que con fascinación nos hacen replantearnos cómo entendemos el mundo vegetal o la de ingenieras que nos recuerdan los límites materiales del planeta. Igual que en la ciencia encuentra reciprocidad, en el huerto encuentra el sentido de dependencia y el arraigo, y en la restauración de ecosistemas, que no concibe sin la restauración de las culturas colonizadas, cuidadas por y cuidadoras de éstos, es donde halla un remedio contra la desesperación ante tanto maltrato a la tierra.

El texto quedaría ingenuo sin una crítica al sistema económico capitalista, reforzado por una cultura individualista, mercantilista, colonizadora y dominadora. Pero Kimmerer nos recuerda que no podemos separar nuestra concepción del mundo del sistema que hemos creado. Y en

la organización comunal indígena encuentra la alternativa, formas de respeto y cuidado de la tierra que nos alimenta. Cuando esta no es una mercancía de la que sacar el máximo beneficio, sino un bien común, es un regalo que conlleva la responsabilidad de cuidarlo y respetarlo.

No podría acabar la reseña sin admitir que leyendo las páginas me asaltaba una pregunta: ¿cómo no caer en la romantización de culturas lejanas? Y, de golpe, el cestero pidiendo permiso al árbol para cortarlo me recordó lo leído en *La rueda de Izpania*, que explica que no hace tanto los leñadores vascos pedían perdón al árbol antes de derribarlo: «*guk botako zaitugu eta barkatu gaitzazu*» ('nosotros te derribaremos, perdónanos'). Y es que tal como dice Kimmerer, «los principios fundamentales son casi universales en todos los pueblos que viven apegados a la tierra». Y no es necesario irnos lejos, tampoco en el tiempo, para encontrar nuevas formas de colonización del capitalismo, estando como estamos ante una oleada extractivista de las zonas rurales, en forma de macroproyectos energéticos, mineros y turísticos. También en estas zonas donde aún quedan tierras y otros bienes comunales encontramos personas trabajando y viviendo bajo esos principios universales de los que habla la autora, resistiendo los intentos del capitalismo vestido de agroindustria de apropiarse de cada rincón del campo y de la mesa.

Aunque existe en las páginas miedo por el futuro del planeta y tristeza por cómo lo tratamos en el presente, como botánica, Robin Wall Kimmerer transmite esperanza y nos explica que «cuando los recursos empiezan a escasear, la evolución favorece modos de vida basados en la cooperación entre especies y las estrategias que promueven la estabilidad», como las algas y los hongos, que se asocian en líquenes para sobrevivir en condiciones adversas. ●

Helena Guillén Díaz

Integrante de Ramaderes de Catalunya



Ilustración de Vanesa Freixa

Terratecatraca

ARTISTAS QUE BUSCAMOS UNOS GRITOS DIFERENTES PARA LA SOBERANÍA ALIMENTARIA

Mientras la ciudad de Barcelona presume de capitalidad mundial de la alimentación sostenible, colectivos del medio rural, donde se producen los alimentos, deciden llevar a la urbe su propia voz: Y lo hace a través del resultado de la presencia de siete artistas en siete residencias rurales repartidas por todo el territorio.

La soberanía alimentaria. Todo empieza en la semilla

En manos del capital, de un mercado altamente competitivo y un mundo globalizado de políticas agrarias neoliberales, el concepto de soberanía alimentaria gana fuerza por su ausencia. Los resultados del centralismo en la toma de decisiones de las políticas que afectan a una población diversa y heterogénea generan desequilibrios y resultados desiguales para las sociedades y los pueblos que la configuran. Dejan huellas

difícilmente borrables sobre las sociedades más vulnerables o menos competitivas. Imponen una pérdida de riqueza, patrimonio e identidad cada vez más difícil de salvaguardar.

En concreto, la sociedad rural ve que se abandona la tierra, que se desaprovechan sus recursos naturales y que los alimentos que nos llegan a la mesa no provienen de su entorno privilegiado y fértil, sino, a menudo, de la otra punta del planeta o del interior de naves industriales. Poco a poco, el despoblamiento avanza y la cultura y la sabiduría



SAFRANÒRIA MORADA DEL TERRENO, PEBRER DE LA BISBAL, COR DE BOU FI DE LA VILELLA BAIXA, ENCIAMET DEL SUCRE, BENACH DEL PRIORAT, FAVA D'AIGUADOLÇ, TIRIBEC, CÒRCEGA DEL BARTOMEU...

Estamos inmersas en un proyecto ilusionante donde la tarea de La Safranòria se encuentra con la asociación cultural Centre Quim Soler y juntas estamos explorando cómo dar más vida artística a su labor de reivindicar la tierra y sus semillas. Todo para relacionarnos con la soberanía de los alimentos propios y defender también otra manera de vivir (...).

Y la semilla germina en el arte

A las que estamos ahora no nos hace falta mucho más para accionar el buen trabajo del combate cultural. Mientras nos afanamos por los huertos del Priorat y volvemos a encender las conversaciones sobre el trabajo que hacen sus hortelanos y hortelanas de todas las edades y sobre la maravilla de mantener sus huertos vivos; mientras cuidamos de un territorio que es mosaico y no puede dejar de serlo; mientras enhebramos y trenzamos las estaciones (primavera, verano, otoño), nos planteamos cómo compartir todo esto que sabemos y sobre todo hemos aprendido mientras nos encontrábamos; cómo podemos hacer que los demás aprendan y lo compartan con nosotros.

De momento, tenemos tres carteles o tres frases o tres imágenes hechas con palabras del lugar para que irradian fuerza, reflexión y crítica más allá del primer estallido. Serán quizás 3000 gritos que se esparcirán o se perderán o se ampliarán o se alterarán o... en barrios de la ciudad con el resto de la ciudadanía sensible al cambio y quizás con los otros Territorios de la Terra Teca Traca.

Todo como una campaña poética, que también es política, que dé aire al nuevo grito del lugar que nos acoge y que tiene las mismas desazones e inquietudes que todos los otros lugares. Todas ocupadas en encontrar una manera de vivir que nos haga más respetuosas con la TERRA que nos acoge, más agradecidas con la TECA (en catalán, 'comida') que nos alimenta y más comprometidos con la TRACA que nos permite continuar. ●

Adaptación del texto del Centre Quim Soler, La Safranòria y Jordi Boldú, publicado en catalán en soberaniaalimentaria.info

de sus habitantes se volatilizan y, con suerte, no en medio de un incendio.

En este contexto, aparece la necesidad de crear herramientas propias desde el mundo local que ayuden a paliar esta dura realidad, intentando no perder un palmo más de tierra productiva, ni un camino de herradura, ni una fuente, ni una masía. Poniendo en el centro de la reivindicación los derechos de la familia campesina y los productos de calidad, para intentar paliar los daños económicos, ecológicos y sociales que pueden ser irreparables.

Surgen así iniciativas como los bancos de tierras y proyectos propios de dinamización agraria y revalorización de producto local, que intentan, a menudo cortos en competencias, propiciar el cambio. ¿Será posible? ¿Llegaremos a tiempo?

TerraTecaTraca en el Priorat

La sociedad civil también se empodera y en nuestro trocito de mundo, el Priorat, aparece la asociación La Safranòria, que nace en paralelo al proyecto de recuperación de la agrobiodiversidad del entorno del Parque Natural de la sierra de Montsant, promovido por este ente con la colaboración de la Fundació Miquel Agustí. Una red de unos 100 voluntarios de diferentes municipios de la comarca que empiezan a organizarse para conservar y multiplicar variedades tradicionales propias que todavía no se han perdido del todo, gracias a la sensibilidad, el esfuerzo y la constancia de unos pocos sabios que las han custodiado hasta nuestros días, dejando un legado del pasado digno de cuidar en el presente para no perder oportunidades en un futuro incierto.

Se recuperan también palabras para denominar, en mayúsculas, las semillas de una soberanía propia y compartida:

LA FUENTE *Un lugar de encuentro para pobladoras*

Presentación de las organizaciones que conforman esta revista

Universidad Rural Paulo Freire del Cerrato



La UniRural del Cerrato es un eslabón más de la red de Universidades Rurales Paulo Freire que hay en el Estado español. Lo que nos une es querer recuperar las sabidurías y soberanías de la cultura campesina.

Aquí somos todas hijas y nietas de la diáspora rural que han vuelto al campo. Criadas en pisos de 60 m² en las ciudades a las que emigraron nuestros padres y abuelas, hemos desayunado, comido y cenado Danone natural azucarado con el que nos decían que el pueblo era solo para las dos semanas de vacaciones y que lo de antes había que olvidarlo. Era retraso.

Pero con la UniRural hemos encontrado un camino de vuelta a la tierra y a sus saberes: cultivamos el huerto,

construimos la casa, guardamos y adoramos los ritmos y las canciones que acompañan los trabajos, los ciclos del año y nuestras vidas. Hacemos cursos, jornadas de trabajo, investigamos y convocamos encuentros y fiestas para servir de puente entre la ciudad y el conocimiento de la gente del campo. Creemos que tan necesarios como el alimento soberano que nos nutre o el agua limpia que bebemos son la palabra, la música, el juego, el baile, el teatro, la metáfora y el rito, que sostienen y hacen posible la vida en comunidad.

La soberanía de la alegría es el ascua que hemos recuperado para mantener vivo el fuego que nuestros antepasados nos dejaron. Un fuego que aquí, en los páramos y valles castellanos, colonizados ahora por el monocultivo cerealista, hemos tenido que buscar enterrado entre cenizas. Pero ahí estaba y no pararemos de soplar hasta hacer de él un hogar en el que puedan vivir, comer y cantar las generaciones futuras.

Sindicato Andaluz de Trabajadores y Trabajadoras (SAT)



El Sindicato Andaluz de Trabajadores y Trabajadoras (SAT) es una organización sindical andaluza, creada en 2007; una organización de clase, unitaria, anticapitalista, internacionalista, feminista y solidaria con las trabajadoras y los trabajadores y sus necesidades.

Está comprometido con la erradicación de las injusticias sociales, aboga por la construcción de una Andalucía más sana. Apuesta por la igualdad de derechos de todos los trabajadores y trabajadoras y personas migrantes, por la abolición de las leyes de extranjería, por la libre circulación

y por la ciudadanía global. La soberanía alimentaria es una prioridad en nuestras agendas de trabajo. El modelo productivo agroalimentario presente en Andalucía, con una actividad enfocada a la exportación, a menudo vulnera los derechos laborales. En el SAT, apostamos por un modelo productivo alternativo al capitalismo, respetuoso con los recursos naturales y con los derechos sociales. Así, trabajamos desde la democracia sindical, a través de la participación, mediante el llamamiento cotidiano a la toma de decisiones conjuntas.

Nuestro horizonte está en una Andalucía libre que permita otras formas de trabajo y donde la vida esté en el centro.

PALABRA DE CAMPO

Dar el salto, una guía para regresar a los pueblos y pasarlo bien

Recincho de Juncia

Quizá vamos tarde, pero creemos que ha llegado la hora de «dar el salto».

La propuesta de acción a la que nos estamos refiriendo es la de volver a los pueblos. Tan simple como replegarse a los orígenes y desde las raíces resistir y revertir el desastre climático y humanitario anunciado. Tan lógico como recuperar el espacio perdido por nuestras abuelas y nuestros abuelos; espacios, territorios y culturas rurales que hay que volver a poner en valor.

Dar el salto para volver a la cordura y a la coherencia que en algún momento abandonamos por algún canto de sirenas que nos ha conducido al caos climático y al colapso energético y civilizatorio.

Volver a la tierra no para renunciar a nada, sino para ganarlo todo o por lo menos parte de lo perdido por el camino: alimentarnos de nuevo gracias a nuestras manos y a otras manos cercanas, beber de las fuentes en las plazas, sentir el silencio para escuchar y sentirnos, respirar el aire, aquel aire que respiraron nuestros antepasados.

Sin embargo, este camino de vuelta, que en realidad es un avance, no es sencillo: nos hemos ausentado durante mucho tiempo de la vida en interdependencia con la naturaleza y de alguna manera nos hemos apegado al ruido, al individualismo, a la velocidad, al súper. Por ello, para que os sirva de apoyo, estímulo y recuerdo que os lleve a dar ese salto y caer en tierra fértil, hemos redactado una breve guía práctica basada en nuestra experiencia de más de diez años como repobladores en diferentes y distantes

zonas geográficas de la península. Una guía escrita, pero que es experiencia vivida, porque un ejemplo vale más que mil teorías.

En ella, tratamos nueve temas que os pueden condicionar a la hora de recorrer vuestro camino hacia los pueblos y su *agrocultura*. Hemos visto (en otros) y vivido (nosotras) muchas desilusiones por no atender de antemano a algunos de los siguientes factores que dan estructura a la guía: clima, vivienda, ocio, infraestructuras, idioma, agua, trabajo, energía, alimentación y bichos.

La guía, como su nombre indica, es una orientación, que no un manual, por lo que es breve y no entra al detalle de lo que debe hacerse en cada tema o de cómo hacerlo. Os planteamos un tema, os contamos nuestra experiencia al respecto y os damos algunos consejos basados en ella. El resto creemos que os toca descubrirlo y crearlo según el contexto elegido.

Nos vemos, nos miramos y escuchamos, en los pueblos. ●

Recincho de Juncia

*Un técnico en producción agroecológica
y una artesana en busca de
esencias rurales y del buen vivir*

Para ver una presentación de la guía y pedirla, entra en: www.pontesuzapato.wordpress.com o escribe un correo a pontesuzapato@gmail.com

PARA HACER POSIBLE ESTA REVISTA, TE NECESITAMOS

Para pensarla y llenarla de contenidos; para abrir debates; para conocer y conectar iniciativas, colectivos y experiencias; para darle forma y color; para ponerla en rutas y caminos hasta tus manos... En definitiva, para que evolucione y se mantenga viva, necesitamos tu apoyo.

Una forma de colaborar es mediante una suscripción anual mínima de 35 € a cambio de la revista en papel. Además, te enviaremos de regalo un número de la hemeroteca. ¡Elige cuál te apetece leer! Pero hay más formas de apoyar este proyecto:



RIEGO

Aportación puntual desde 5 €



SEMILLA

Suscripción en papel. Recibe los próximos 4 números a partir de 35 € al año
Solo envíos en el Estado español



RAÍZ

Hazte socia/o. Desde 50 € al año, recibe la revista en papel, accede a ofertas, participa en las asambleas y colabora en las decisiones del proyecto

Puedes hacer todo el proceso online a través de la web: www.soberaniaalimentaria.info/colabora/suscripcion

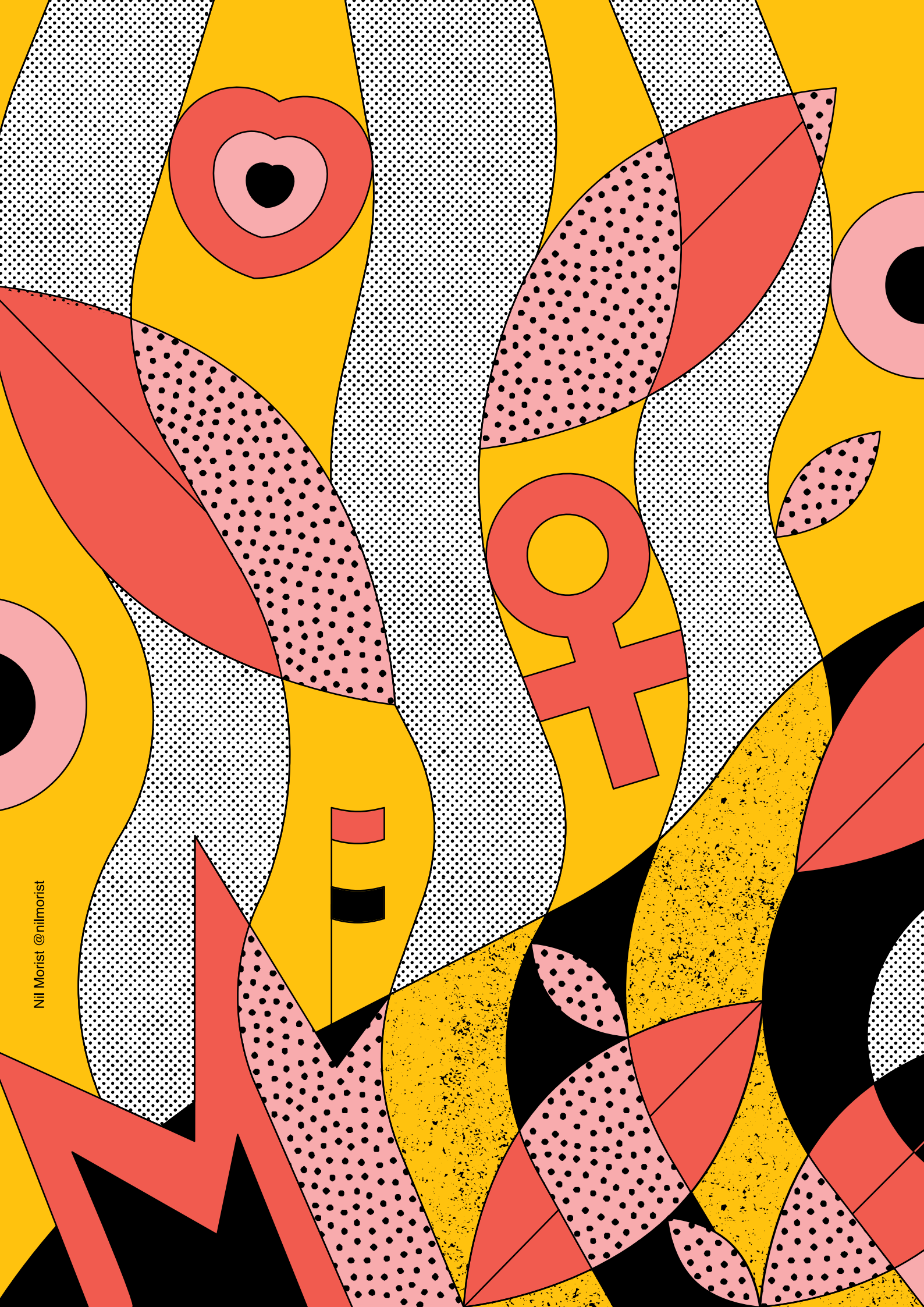
Para resolver cualquier duda sobre el proceso de suscripción, escríbenos a suscripciones@soberaniaalimentaria.info

¡Muchas gracias!

REGALA LA REVISTA



www.soberaniaalimentaria.info/regala



Nil Morist @nilmorist